


Gobierno Bolivariano
de Venezuela
Ministerio del Poder Popular
para la Cultura


Venezuela
AHORA ES DE TODOS

los ríos profundos
Clásicos

Terrazo

Abelardo Díaz Alfaro

Terrazo

San Juan, Puerto Rico, 1947

Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General
de la Nación, P.B. Caracas-Venezuela 1010
telefs.: (58-0212) 5642469 - 8084492/4986/4165
telefax: 5641411

correo electrónico:
elperroylaranaediciones@gmail.com

Edición al cuidado de
Coral Pérez
Transcripción
Morella Cabrera
Corrección
Ybory Bermúdez
Coral Pérez
Diagramación
Mónica Piscitelli
Montaje de portada
Francisco Contreras

Diseño de portada
Carlos Zerpa

isbn 978-980-396-619-5
lf 40220071003138

La *Colección Los ríos profundos,* haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie ***Clásicos*** concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y ***Contemporáneos*** reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.



Prólogo

Serán unas líneas no más —que no alcanzan la dignidad de un prólogo— para decirle todo lo que vi y todo lo que gusté en su manojo de cuentos y de cuadros campesinos puertorriqueños. Ahora en Venezuela —abrumado de quehaceres— me viene un poco el recuerdo de los campos de Puerto Rico, de las pequeñas colinas prodigiosas, del habla sosegada y metafórica de los jíbaros, a través de los cuentos de Ud. Y evoco aquella buena hora en que Ud. bajo los árboles de la Universidad me leyó el magnífico cuento “El Josco”, que no es tan sólo una lograda estampa rural sino acaso un símbolo de dramas y destinos puertorriqueños. El hombre de tierra adentro, ése que ha ido a descubrir Ud., el que conversa con los pastos del monte y sabe leer el profundo lenguaje de las nubes y de las estrellas, experimenta, sin duda, un drama que Ud. sin proponérselo y sin hacer tesis —con la espontaneidad del auténtico artista— describe, como el que todos los escritores de Puerto Rico necesitan, por vínculo de idioma y de origen, esclarecernos a los demás hispanoamericanos: el de las culturas y las lenguas superpuestas; el impacto que otra técnica y otro estilo de vivir debió producir en tantas almas sencillas, fieles a su tradición, a su pedazo de tierra, a lo que les venía del trasfondo ancestral. Puerto Rico —me lo ha enseñado Ud.— se salvará no sólo por el esfuerzo diligente de sus espíritus preocupados, deseosos cada día de perfeccionarse y ser mejores, sino también por esa gran sustancia de historia, por ese reservorio de vida incontaminada que le ofrece el jíbaro. Ese noble jíbaro que todavía habla en español, que opuso a las empresas del capitalismo más implacable y más ciego, su virtud estoica; y la profunda sabiduría, superior a

la de todos los técnicos y la de todos los libros, que viene del duro contacto con la naturaleza, con el dolor familiar, con la acendrada paciencia, que es la riqueza del pobre. Pero sus jíbaros, querido Díaz Alfaro, superan toda contingencia material y encuentran afortunadamente la gran salvación de la poesía. Hablan en un lenguaje que por su gracia viviente, por su fresca naturalidad ya lo envidiarían muchos doctores. Expresan para mí lo entrañablemente hispánico, mestizo, puertorriqueño, en una palabra, que hay en Puerto Rico. (Porque bien sé que hay también en su hermoso país —como en todos los del Caribe— algunos criollos que se disfrazan de yanquis; que perdieron el contacto moral y la responsabilidad con la tierra, que se extraviaron en el tumulto de Babel, pero aquéllos ya no necesitan siquiera de literatura... ni española ni inglesa: les bastaría con un librito de *basic english* para realizar sus negocios y cumplir con las necesidades humanas más elementales).

Si hubiera tiempo para un análisis estilístico, yo me detendría en tantos hallazgos espontáneos de idioma que hay en sus cuentos; en la síntesis metafórica con que Ud. logra en grandes pinceladas, dar todo el color del paisaje y establecer una como misteriosa comunicación entre los seres y los objetos. Seguramente algún escritor académico, que subordine la fuerza de la expresión al muerto canon de la regla, se entretendría en contar algunos giros incorrectos o algunas palabras que no son estrictamente castizas. Pero en Ud. hay mucho más que gramática: hay un instinto creador que transforma, ennoblece y lleva hasta la auténtica literatura (que es preciso no confundir con la retórica) la lengua del pueblo.

Comienza Ud. una gran tarea de escritor y la comienza muy bien. Como un prodigioso espejo están ante su vista —ante los ojos del cuerpo y ante los que miran más: los ojos del alma— la tierra y la gente de su Puerto Rico. No es Ud. de aquellos escritores que artificialmente, como si resolviesen un teorema, inventan desde el escritorio un falso conflicto y tratan de que las escenas y las palabras correspondan mecánicamente a su construcción. Lo que Ud. escribe ha pasado por la experiencia del artista; es vida

que supo absorber y devolver, metamorfoseada en poesía, que es la manera de inmortalizar la vida. Yo no puedo sino desearle lo que le desearon los lectores de sus primeros cuentos: que siga perfeccionando ese don creador, interpretando el alma de su pueblo, revelando para todos ese Puerto Rico profundo que está allá, dentro de las lomas, en los bohíos del jíbaro, en el recatado secreto de tantas gentes que supieron hablarle porque Ud. las interrogó con emoción y con humildad. Y esto entre tantas páginas pedantes como ahora se escriben; entre tanta falsa psicología y falsa sociología literaria, fija para mí lo más legítimo de su tarea.

Mariano Picón Salas
Universidad Central de Caracas
Venezuela, Enero 1947

Terrazo: siluetas de sangre contra un paisaje luminoso. De los trillos, de las veredas, de los caminos reales que conducen a donde el bohío prende su ojo negro de angustia sobre los surcos abiertos al dolor y a la esperanza, surgieron estos aguafuertes del terruño. Desde el cogollo más empinado en la guinda de mis recuerdos más puros, dedico el libro a los compadres don Fruto Torres, don Pepe Ramos (El Gato), don Goyito Rosa, don Valé Morrabal, don Rafa Ramírez. Jíbaros de mi tierra que me mostraron ese Puerto Rico trágico, estoico, irreductible. Mi Puerto Rico bagazo, mi Puerto Rico josco, mi Puerto Rico pitirre.

El Josco

Sombra imborrable del Josco sobre la loma que domina el valle del Toa. La cabeza erguida, las aspas filosas estoqueando el capote en sangre de un atardecer luminoso. Aindiado, moreno, la carrillada en sombras, el andar lento y rítmico. La baba gelatinosa le caía de los belfos negros y gomosos, dejando en el verde enjoyado estela plateada de caracol. Era hosco por el color y por su carácter reconcentrado, huraño, fobioso, de peleador incansable. Cuando sobre el lomo negro del cerro Farallón las estrellas clavaban sus banderillas de luz, lo veía descender la loma, majestuoso, doblar la recia cerviz, resoplar su aliento de toro macho sobre la tierra virgen y tirar un mugido largo y potente para las rejoyas del San Lorenzo.

—Toro macho, padrote como ése, denguno; no nació pa yugo —me decía el jincho Marcelo, quien una noche negra y hosca le parteó a la luz temblona de un jacho. Lo había criado y lo quería como a un hijo. Su único hijo.

Hombre solitario, hecho a la reyerta de la alborada, veía en aquel toro la encarnación de algo de su hombría, de su descontento, de su espíritu recio y primitivo. Y toro y hombre se fundían en un mismo paisaje y en un mismo dolor.

No había toro de las fincas lindantes que cruzase la guardarraya que el Josco no le grabase en rojo sobre el costado, de una cornada certera, su rúbrica de toro padrote.

…

Cuando el cuerno plateado de la luna rasgaba el telón en sombras de la noche, oí al tío Leopo decir al Jincho: —Marcelo, mañana me traes el toro americano que le compré a los Velilla para padrote; lo quiero para el cruce; hay que mejorar la crianza.

Y vi al Jincho luchar en su mente estrecha, recia y primitiva con una idea demasiado sangrante, demasiado dolorosa para ser realidad. Y tras una corta pausa musitó débilmente; como si la voz se le quebrase en suspiros:

—Don Leopo, ¿y qué jacemos con el Josco?

—Pues lo enyugaremos para arrastre de caña, la zafra se mete fuerte este año, y ese toro es duro y resistente.

—Usté dispense, don Leopo, pero ese toro es padrote de nación, es alebrestao, no sirve pa yugo.

Y descendió la escalera de caracol y por la enlunada veredita se hundió en el mar de sombras del cañaveral. Sangrante, como si le hubieran clavado un estoque en mitad del corazón.

Al otro día por el portalón blanco que une los caminos de las fincas lindantes, vi al Jincho traer atado a una soga un enorme toro blanco. Los cuernos cortos, la poderosa testa mapeada en sepia. La dilatada y espaciosa nariz taladrada por una argolla de hierro. El Jincho venía como empujado, lentamente, como con ganas de nunca llegar, por la veredita de los guayabales.

Y de súbito se oyó un mugido potente y agudo por las mayas de la colindancia de los Cocos, que hizo retumbar las rejoyas del San Lorenzo y los riscos del Farallón. Un relámpago cárdeno de alegría iluminó la faz macilenta del Jincho.

Era el grito de guerra del Josco, el reto para jugarse en puñales de cuernos la supremacía del padronazgo. Empezó a mover la testa en forma pendular. Tiró furiosas cornadas al suelo, trayéndose en el filo de las astas tierra y pasto. Alucinado, lanzó cabezadas frontales al aire, como luchando con una sombra.

El Jincho en la loma, junto a la casa, aguantó al toro blanco. El Josco ensayó un tranco ligero, hasta penetrar en la veredita. Se detuvo un momento. Remolineó ágil y comenzó a estoquear los pequeños guayabos que bordean la veredita. La testa coronada se le enguirnaldó de ramas, flores silvestres y bejucales. Venía

lento, taimado, con un bramar repetido y monótono. Alargaba la cabeza, y el bramar culminaba en un mugido largo y de clarinada. Raspó la tierra con las bifurcadas pezuñas hasta levantar al cielo polvaredas de oro. Avanzó un poco. Luego quedó inmóvil, hierático, tenso. En los belfos negros y gomosos la baba se le espumaba en burbujas de plata. Así permaneció un rato. Dobló la cerviz, el hocico pegado al ras del suelo, resoplando violentamente, como husmeando una huella misteriosa.

En la vieja casona la gente se fue asomando al balcón. Los agregados salían de sus bohíos. Los chiquillos de vientres abultados perforaban el aire con sus chillidos:

—El Josco pelea con el americano de los Velilla.

En el redondel de los cerros circunvecinos las voces se hicieron ecos.

Los chiquillos azuzaban al Josco: —Dale, Josco, que tú le puedes.

El Josco seguía avanzando, la cabeza baja, el andar lento y grave. Y el Jincho no pudo contenerse y soltó el toro blanco. Este se cuadró receloso, empezó a escarbar la tierra con las anchas pezuñas y lanzó un bronco mugido.

—Jey… Jey… Oiseee… Josco —gritaba la peonada.

—Palante, mi Josco —vibró el Jincho.

Y se oyó el seco y violento chocar de las cornamentas. Acreció el grito ensordecedor de la peonada: —Dale, jey… Josco…

Las cabezas pegadas, los ojos negros y refulgentes inyectados de sangre, los belfos dilatados, las pezuñas firmemente adheridas a la tierra, las patas traseras abiertas, los rabos leoninos erguidos, la trabazón rebullente de los músculos ondulando sobre las carnes macizas.

Colisión de fuerzas que por lo potentes se inmovilizaban. Ninguno cejaba; parecían como estampados en la fiesta de colores del paisaje.

La baba se espesaba. Los belfos ardorosos resonaban como fuelles.

Separaron súbitamente las cornamentas y empezaron a tirarse cornadas ladeadas, tratando de herirse en las frentes. Los

cuernos sonaban como repiquetear de castañuelas. Y volvieron a unir las testas florecidas de puñales.

Un agregado exclamó: —El blanco es más grande y tiene más arrobas.

Y el Jincho con rabia le ripostó: —Pero el Josco tiene más maña y más cría.

El toro blanco, haciendo un supremo esfuerzo, se retiró un poco y avanzó egregio, imprimiéndole a la escultura imponente de su cuerpo toda la fuerza de sus arrobas. Y se vio al Josco recular arrollado por aquella avalancha incontenible.

—Aguante mi Josco —gritaba desesperado el Jincho. —No juya; usté es de raza.

El Josco hincaba las patas traseras en la tierra buscando un apoyo para resistir, pero el blanco lo arrastraba. Dobló los corvejones tratando de detener el empuje, se irguió nuevamente y "rebuleó" rápido hacia atrás amortiguando la embestida del blanco.

—Lo ve; es más grande —añadió con pena un agregado.

—Pero no juye —le escupió el Jincho.

Y las patas traseras del Josco toparon con una eminencia en el terreno, la cual le sirvió de sostén. Afirmado, sesgó a un lado, zafando el cuerpo a la embestida del blanco, que se perdió en el vacío. A éste faltó el equilibrio, y el Josco, aprovechándose del desbalance del contrario, volteó rápido y le asestó una cornada certera, trazándole en rojo sobre el albo costado una grieta de sangre. El blanco lanzó un bufido quejumbroso, huyendo despavorido entre la algarabía jubilosa del peonaje. El Jincho vibrante de emoción gritaba a voz en cuello: —Toro jaiba, toro mañoso, toro de cría.

Y el Josco alargó el cuerpo estilizado, levantó la testa triunfal, las astas filosas doradas de sol, apuñaleando el mantón azul de un cielo sin nubes.

...

El blanco siempre se quedó de padrote. Orondo se paseaba por el cercao de las vacas.

Al Josco trataron de uncirlo al yugo con un buey viejo para que lo amaestrara, pero se revolvió violento poniendo en peligro la vida del peonaje. Andaba mohíno, huraño, y se le escuchaba bramar quejoso, como agobiado por una pena inconmensurable.

Tranqueaba hacia el cercao de los bueyes de arrastre, de cogotes pelados y de pastar apacible. Levantando la cabeza sobre la alambrada, dejaba escapar un triste mugido. Se veía buey rabisero, buey soroco, buey manco, buey toruno, buey castrao.

Aquel atardecer lo contemplé al trasluz de un crepúsculo tinto en sangre de toros, sobre la loma verdeante que domina el valle del Toa. No tenía la arrogancia de antes, no levantaba al cielo airosamente la testa coronada; lo veía desfalleciente, como estrujado por una inmensa congoja. Babeó un rato, alargó la cabeza y suspendió un débil mugido, descendió la loma y su sombra se fundió en el misterio de una noche sin estrellas.

A eso de la media noche me pareció escuchar un mugir dolorido. El sueño se hizo sobre mis párpados.

Al otro día el Josco no aparecía. Se le buscó por todas las lindancias. No podía haberse pasado a las otras fincas, porque no había boquetes en los mayales, ni en las alambradas de las guardarrayas. El Jincho iba y venía desesperado. El tío Leopo apuntó:

—Tal vez se fue por el camino del Farallón a las malojillas del río. El Jincho hacia allí se encaminó. Regresó decepcionado. Luego se dirigió hacia una rejoya entre árboles en la colindancia de los Cocos, donde el Josco solía sestear.

Lo vimos levantar las manos y con la voz transida de angustia gritó: —Don Leopo, aquí está el Josco. Corrimos presurosos hacia donde el Jincho estaba, la cabeza baja, los ojos turbios de lágrimas. Señaló hacia un declive entre raíces, bejucales y flores silvestres. Y vimos al Josco inerte, las patas traseras abiertas y rígidas; la cabeza sepultada bajo el peso del cuerpo musculoso.

Y el Jincho con la voz temblorosa y llena de reconvenciones exclamó: —Mi pobre Josco, se esnucó de rabia. Don Leopo, se lo dije, ese toro era padrote de nación; no nació pa yugo.

Bagazo

Al cubano José Luis Massó

Puñal negro clavado en el corazón de la tierra. Llama verde ondulante de cañaveral.

Los brazos de ébano en cruz sobre el pecho. Fulgentes los ojos venosos de ira. El negro Domingo a la puerta de su mediagüita fija la mirada en el penacho de nubes pardas que trenza en el azul la enhiesta chimenea centralina. Y muele en su alma atormentada, caña amarga de recuerdos, desesperanzas, desilusiones.

Le laten las sienes y el corazón. Un acre sabor metálico le inunda la boca. Contrae los abultados belfos y en rictus de desprecio escupe chorreante mascaúra.

Silba el cañaveral en flauta de guajanas su pena añeja. Y a través del tiempo, de la distancia, le parece escuchar la voz feble del difunto Simón: “Mi jijo, malo es ser pobre y negro, nunca semos niños, se nos ñama negritos”. Lleva en los ojos en asta de recuerdo angustioso la muerte del Simón sepultado bajo un mazo de cañas que se desprendió de la grúa.

Un nudo tirante como de coyunda le ahoga. Y por vez primera en su vida mansa de buey viejo, siente el rencor crecerle en el pecho como mala yerba. Y a él, negro impasible, resistente como el ausubo, le entran ganas de llorar, no sabe si de tristeza o de rabia.

La tensa y filosa alambrada de la Central exótica fulge a los últimos claros del sol tramontano. Pelos metálicos que le cruzan el pecho haciéndole sangrar turbias añoranzas: “En primero dueño, luego colono, dispués peón. ¿Y ahora?...”.

La silueta ingente de la Central se recorta contra un horizonte en llamas rojas de crepúsculo.

Su áspero y tremolante pito sacude el silencio. El negro se estremece, vuelto a la realidad por la vibración que corre electrizante por los crispados nervios. Y desfilan ante sus ojos abismáticos, en sucesión tumultuosa, como las bocanadas de humo que arremolina la chimenea en el incendio de los cielos ilímites, las escenas dolorosas del día.

La cara perruna del nuevo mayordomo le obsede. Sus palabras crueles le gotean isócronamente, con resonancia inmisericorde el duro cráneo.

Al romper el alba el pito de la Central, anunciando el comienzo de la zafra, Domingo amoló su machete y se encaminó hacia el cruce de la colonia de los Caños. Un nuevo y fachendoso mayordomo llamaba con voz estentórea a los peones que iban a iniciar el corte:

—Rosendo Cora, Juan Bone, Isabel Cobé... Y tras el último nombre se hizo un silencio amargo, angustioso, infinito.

Los compadres, sin atreverse a mirarle la cara, lentamente se fueron hundiendo en los vellosos graminales.

Suplicante se dirigió al embotado mayordomo:

—Dispense, blanco, ¿pero pa este negro no hay trabajo?

—Lo siento, pero tú está viejo para trabajar, ya no rinde promedio.

—Mire, blanco, que tengo la mujer postrá con la malaria y un cuadro e familia que mantenel.

—La Central no puede regalar los salarios; necesitamos gente de empuje.

—Blanco, deme manque sea un trabajito e pinche, que es cosa e muchachos.

—No tengo más que discutir.

Clavó las plateadas espuelas en los ijares del rucio, que se alejó borbotando el cuajo por un recodo umbroso.

Domingo tecleaba convulsamente la raída pava entre los nudosos dedos de capá prieto. Apretujó con fuerza el machete que destelló chispas al sol matinal.

Se sintió caña que cercena el machete. Los pies se le adherían pesados al rugoso camino. Las voces ululantes de los boyeros se le

pegaban al oído más lúgubres, más remotas que nunca. Un sudor frío le bañaba las sienes y rodaba en diamantes hasta empaparle la azulosa camisa. Y se fue trastabillando, bamboleándose como un ebrio, hacia el reposo de la mediagüita. Se cruzó con el mulato Morrabal y se olvidó saludarlo. Percatándose del descuido, le gritó con voz desfalleciente:

—Perdone, cabo, que iba como lelo...

Y sin saber cómo llegó a la casita.

La Susana lo presintió todo. Y desde el camastro donde sudaba a chorros las calenturas, con voz temblorosa le consoló.

—No se apure, negro, que Dios no le falta a naide.

Domingo no contestó. La Susana estranguló entre las sucias mantas un sollozo. En la minúscula casita ahogada entre punzantes cañaverales seguía entrando con la noche el silencio.

Ahora estaba el negro Domingo a la puerta, cerniendo sombras y luces cárdenas de crepúsculo.

El sato sentado en los cuartos traseros, endereza la oreja y afila en la sombra un lúgubre y presagioso aullido.

El negro descuelga los brazos leñosos del pecho. Levanta el puño y se adentra en la mediagüita mascullando: —Perros blancos; ¡asesinos!

...

La noche es negra como el dolor. Los ojos insomnes sorben tinieblas. Sólo quiebra el silencio el silbido estridente de la locomotora y el rodar monótono de los vagones. Las horas se detienen. Los pensamientos se alargan. Los párpados se hacen pesados. Se hunde en la sombra. Sueña:

El mayordomo se transforma en un perrazo blanco, que gruñe y le clava en las espaldas dos filosos colmillos. Quiere gritar, pero la voz no acude. Ahora el mayordomo se agiganta, empuña una larga garrocha y se la hunde en el pecho haciéndolo sangrar:

—Joiss, buey negro, tú estás viejo, tú no rindes promedio.

El negro suda, tiembla, jadea. En el infinito se suspende un enorme mazo de cañas que cuelga de un tentáculo de la grúa.

Oscila en el espacio, Domingo lo sigue con ojos expectantes, cruje el garfio de hierro, el mazo se precipita en el vacío. Una voz estrepitosa le estremece: —Negro, te mata.

Se despierta atemorizado, tembloroso, convulso. El pito rotundo de la Central taladra el alba.

El negro busca a tientas la muda de ropa. Se da cuenta que la lleva puesta. La Susana lo observa.

—Negro, no se vaya a dil sin el puya, que ayer no probó ni bocao.

—No tengo ganas, mujel.

Agarra el machete. La hoja templada y luciente vibra al roce de los dedos callosos.

—¿A onde va, negro?

—No sé, mujel. ¿Quién sabe?

Y desaparece por la estrecha puerta que se abre al claror de la mañana. En el camino se detiene indeciso: "Sí, ¿aonde va?"

Pasan unos peones.

—Buenos días, compay Domingo.

—Buenos.

Las voces cansinas se apagan. A lo lejos relampaguean las hojas de acero.

Nunca se había sentido tan solo. ¿Qué será de la mujer y de los negritos? Pero tal vez míster Power, el administrador de la Central, le dé una oportunidad. Abandona la idea. "Ese rubio no sabe lo que es la jambre de un pobre" ¿Y en dónde le van a dar trabajo? No lo querrán por viejo, por pobre, por negro. Ésa es la paga que recibe después de haber dejado su vida trunca en los cañaverales, para lucrar a los blancos. Ahora le lanzan al camino como perro sarnoso.

Una brisa leve roza los flecos marchitos del cañaveral. Y le llega otra vez la voz sibilante del difunto Simón.

El sol se alza esplendente y rutila en los plumones sedosos de las guajanas.

Reverberan de sol los caminos. El negro Domingo se acerca a la tiendita de Pancho. Sólo en días de fiesta la ha frecuentado. En ella derrochan los peones, en juego y bebidas, el exiguo jornal.

A veces el hombre tiene que beber. Y siente una sed extraña. Ganas de ahogar las malas ideas que le alucinan.

Pancho se adormila en la trastienda.

—Compay, déme un palo grande e mamplé.

Pancho se restriega los ojos con el dorso de la mano. No puede ocultar la sorpresa.

—Raro, compay, verlo por aquí. ¿No fue al trabajo?

Domingo no presta atención.

Pancho sirve el blanco y quemante líquido. El vaso tiembla en las manos de Domingo.

—Deme otro, compay.

Las horas se hacen lentas y pesadas como rodar de carreta en fangoso camino.

Oscilante abandona la tiendita de Pancho.

El terreno se le escapa bajo los pies. El repiquetear de cien martillos le taladra la cabeza. Suda copiosamente. Se acerca a la Fábrica de la Central que se yergue amenazante sobre el pueblo negro.

Escucha el trepidar monótono de las máquinas. Chillan bajo el peso de los negruzcos vagones los paralelos rieles. Silban los escapes de vapor. El brazo mecánico de una grúa suspende en el aire un mazo de cañas. Hierven los tachos. Se quejan los goznes. Un vaho a caña quemada, a guarapo, impregna el ambiente...

Oleadas de sangre caliente le llegan violentas al cerebro. Los ojos inyectados en sangre pugnan por huir de las órbitas. El quemante fermento le estruja las entrañas. El ruido ensordecedor de la Central lo enloquece. Y por encima de las multísonas voces, más violenta, la del fachendoso mayordomo: "Negro, tú no sirves; tú estás viejo; tú no rindes promedio".

La Central cobra vida. La chimenea rasga las nubes. Le tiende un tentáculo viscoso. Es un monstruo que quema en sus caldeadas entrañas, carne de peonaje, sangre y sucrosa. El negro huye despavorido. Y cae sobre unos bagazales que arroja la Central por uno de sus costados.

Se levanta con tardo esfuerzo. Entre las negras y crispadas manos estruja la amarillenta fibra de la caña. La mira con

desprecio y la tira lejos de sí clamando sollozante: “Eso soy yo, gabazo; dispué que me sacaron el jugo me botan”.

¿Y míster Power? ¿Y la mujer y los hijos? No. Es el mayordomo el que le puede ayudar. Míster Power es rubio y él es negro. ¿Quién sabe si el mayordomo se apiade? Y vagamente recuerda que el mayordomo tiene que pasar por un cruce cercano para ir a almorzar. Se siente ya un poco mejor. ¿Quién sabe? Ingrávido, vacilante, se dirige al cruce. El sol enciende el cañaveral.

A lo lejos divisa la arrogante figura del jinete. Ya percibe el chocar de los cascos sobre el soleado camino. Una racha violenta de sangre le cruza los ojos. Pero el hombre debe aguantarse. La mujer y los negritos valen más que su hombría. Le suplicará.

Escucha el borbotar del cuajo. Y el resoplar violento de los belfos sudorosos. Respetuoso se dirige al mayordomo que lo mira con desconfianza.

—Blanco, deme el trabajito, mire que se me va a morir la familita de jambre.

—Ya le dije que no tenía nada que discutir. No hay remedio.

—Pero, mire, blanco, a mí no se me pué botar asina.

—No sea imprudente; tengo que avanzar.

—Bueno, eso no... que yo soy educao pero...

—No sea parejero. Suelte esa brida.

Una oleada de sangre le subió violenta a la cabeza. Fulminó el machete. El rucio levantó las patas delanteras y el golpe se perdió en el vacío. Rápido el mayordomo empuña el nacarado Colt, y tres estampidos secos rasgan la paz del cañaveral.

El negro se cimbrea, da unos pasos hacia adelante y una rosa de sangre le empurpura la azulosa camisa.

Y cae en estertor agónico. La vista se le nubla, quiere gritar, y no puede. Se desangra... La noche eterna se hace sobre los ojos inmóviles.

El pito de la Central quiebra con su fúnebre responso el día.

Y el monstruo sigue quemando en sus entrañas carne de peonaje, sangre y sucrosa. Y botando bagazo, bagazo, bagazo.

El fruto

"La tierra es como la mujer; para dar fruto hay que poseerla".

El arado rasga la entraña negra y pródiga. Tello el timonero azuza los bueyes: —Ceja, Careto; joise, buey Sombra. La voz destemplada azota en chasquido el riscal bermejo. Los bueyes clavan en el toldo del cielo la media luna de astas nacaradas. Las manos callosas se fijan tenaces en los mangos secos del arado guiando en tumbos la reja por entre el ondular de zurcos. —Ceja, Careto; joise buey Sombra. Las bestias avanzan con sonaja de cadenas y crujir lloroso de yugo. Cae el sol luminizando los anchurosos flancos de músculos al relieve. Rueda el sudor a la sedienta tierra de labios partidos. La roja marejada de surcos muere junto a la cicatriz cancerosa de la quebrada. Tras la quebrada el bohío entreabre somnolente el ojo oscuro en la faz amarillenta y triste.

Los bueyes se detienen. La reja no avanza. La imprecación estalla violenta en los labios enardecidos de Tello: —Joise, Careto; Joise, Sombra condenao. La baba cuelga espumosa en los labios ígneos de las bestias jadeantes. Ajorados por el incesante cochar, distienden la ramazón fibrosa de músculos en concentrado esfuerzo. Elevan al cielo las cabezotas y muestran el blanco de cascarón del ojo pardo en súplica. De súbito, un golpe seco, metálico, se le clava en el pecho a Tello como un puñal. Decepcionado masculla:

—¡Marrayo!, se jendió la reja con una laja. ¿Qué me jago ahora? ¡Tanto trabajo pa ná!

Se seca la frente tatuada de arrugas. Impotente fija la mirada en la reja hendida por una piedra.

—Caray, la mala.

—Telloooo —y el grito desesperado de la mujer trepa cerro arriba.

—Mande, mujel.

—El nene ta malo.

—Lo trasuntaba; ¡suerte perra!

Suelta los mangos del arado que se abren en imploración al vacío. Y dando traspiés por los surcos recién abiertos, desciende. Cruza la quebrada, y por el hilo rojo del trillo llega al bohío.

De espaldas al camastro, la tostada cabellera en desorden e inclinada sobre el Fele, jimotea inconsolable la Juana.

—Juana, ¿qué tiene?

—Tello —y la palabra se anuda en llanto.

Tello, el corazón trepidante, se acerca al camastro. La faz blanca, los ojos acuosos entornados, las manos en la hinchada barriguita, el Fele se queja.

—La anemia, Tello; la anemia.

—La jambre, mujel, la jambre. Dios se olvía e nojotros.

—Tello —increpa la Juana temerosa. —¡Mira que nos pué castiga!

—¿Má de lo que nos ha castigao?

—Tello, por la Virgen, no blasfeme. Con eso no se jace na. Llévelo al dotol del pueblo pa que lo medecine.

—Pa lo mesmo, pa lo mesmo e siempre; pal aguaje. Pal pobre no hay atendencia.

Da la espalda al camastro y camina hacia la ventanita laminada en azul. Por la cara terrosa le ruedan dos sucios lagrimones. Lanza la mirada por encima del rancho, por encima de las colinas, hacia el infinito.

Un poco más calmado balbucea torpemente: —Dispense, Juana, ñamaré al compay Juancho pa que me ayúe a cargarlo pal pueblo en la jamaca. ¿Qué se va a jacel?…

Ese atardecer Tello y el compadre cruzan la quebrada llevando en una amarillenta hamaquita al Fele. Y por el caminito de los bucayos se alejan pesarosos hacia el pueblo. La Juana desde la ventanita los mira perderse y el alma se le barrunta de presagios. Y cuando se borran en un recodo, prorrumpe en llanto histérico.

—Lo mesmo que el otro, lo mesmo que el difuntito. Fele, mijijo.

En las espinas del mayal se desangran los bucayos.

…

La semilla asomó a flor de tierra. La sequía marchitó los débiles brotes recién trasplantados. Y Tello tuvo que luchar con el gusano, con la changa, contra el sol, contra el viento, contra el destino. Sólo el hábito le ata al surco, a la tala, a la vida. Las hojas en floración se tienden al hechizo azulado como manos venosas en súplica de lluvia.

Tello recoge las hojas “en pinta”. En los ojos cansinos lleva perennemente una hamaquita y un velorio. Y piensa: “La tierra es buena como la mujer, pero el fruto cuesta mucho trabajo cuidarlo y dispués se pierde como el hijo. ¡Si al menos estuviera el Fele vivo! La refaisón va a ser mala. Se perderá todo. Sólo me queda la mujel, la pobre mujel, que es toda suspiros desde que murió el Fele”.

El sol quema las hojas del tabacal dándoles un lustre de verdor metálico.

—Tello —y la voz vigorosa se cuela estremecida por entre las hojas de la tala.

—Mande.

Desciende lentamente. Cruza la quebrada. Y por el hilo rojo del trillo se hunde en el bohío.

—Tello, tómese ese cafeíto, pa que se anime.

—Sí, ta bien.

—Tello —y la Juana titubea.

—¡Qué, mujel! Diga.

—Le tengo una sorpresa...

Se le queda mirando un largo rato. En el rostro exangüe de la mujer apunta una leve sonrisa. Desde la muerte del Fele no la había visto sonreír.

—Tello —y la Juana inclina la cabeza ruborosa.

—Me parece que estoy...

—¿Qué estás qué?…

—Encinta.

Tello agranda los ojos en terror. Un brillo extraño le incendia la muerta pupila.

—Tello, ¿qué tiene? —y la sonrisa se petrifica en los labios incoloros y algo confusa musita:

—Creía que se diba a alegrar, que otro hijo nos diba a ayuar a olvidar al que perdimos.

—No mujel, no —y cruza vacilante el estrecho cuartucho. Se asoma a la ventanita tendida al tabacal. —No mujel, no; pa que le pase lo mesmo que al otro. Pa que dispués e criarlo se nos muera. Pa que la pase al igual que al tabaco que dispués de florecío se pierde. No, Juana.

La Juana transida de angustia inclina la cabeza. Tello se aleja desconsolado de la ventanita. Irrumpe violento:

—Me diré a bebel, a ajumarme como los otros. Esos que no ofenden la tierra ni por pienso, y viven más desempeñaos.

—Tello, por Dios —suplica la Juana.

—Déjeme —y se tira resuelto al trillo. La Juana lo mira alejarse, cruzar la quebrada y esfumarse en el verde gualda del paisaje.

Las palabras le caen lastimosas de los labios amargos.

—Pobre Tello, ha penao tanto. Las jembras semos más fuertes que los hombres pal dolor.

…

Duerme el tabacal. El cerro, el rancho, el bohío, se funden en una sola sombra espesa. Muge tediosamente una vaca por el cercado. Un perro gruñe con impertinencia en el batey. Resbala siseante entre las lajas limosas el chorro de la quebrada.

Tambaleándose llegó Tello al bohío. Se deja caer pesadamente en un ture. La cabeza congestionada hundida en el combado pecho. Colgantes las manos, las piernas extendidas y rígidas. La respiración cargada y maloliente.

La Juana se ha rendido al sueño tras larga y dolorosa espera. El viento de la quebrada hace crujir los flojos tabiques. En

la repisa un quinqué ahumado prende en la estancia en sombras ángulos de luz amarillenta. En el fondo del mísero cuartucho un crucifijo tiende sus brazos negros y torcidos.

Despierta lentamente del sopor. Trabajosamente alza los párpados hinchados. Posa la vista empañada en la mujer. En el cerebro turbio de licor las ideas giran, se agrandan, se vuelven grávidas. "¿Pa qué tener retollos, pa qué tener críos? Para que se los coman los gusanos".

Bajo las sucias y manchosas telas baratas ve crecer, desfigurarse el vientre de la mujer. "Asena mesmo jiende la semilla la tierra". Los surcos de la cara se le ahondan. En los ojos sanguinolentos se vislumbra un brillo frío, lunático, siniestro. Le abandonan las fuerzas. Tiene la impresión de que todo le acecha. Afuera sigue el perro gruñendo su espanto. El treno monocorde de los sapos electriza la noche de sonidos trémulos. Le baila ante los ojos la luz flotante del quinqué. Se ve hundir en un hondo abismo. La llama se empequeñece y lanza destellos débiles como estrella lejana. Instintivamente se agarra con fuerza a los bordes toscos del ture. Y luego el sopor, la inconsciencia, la calma.

Una idea sola queda chisporroteando tenuamente en el cráneo en las sombras. "Sí, acabar con to de un viaje, de un tajo". La idea se hace más luminosa. "¿Para qué esperar y luchar?". Se levanta con dificultad. Desclava maquinalmente el perrillo hundido en los tabiques. Le tiembla todo el cuerpo como viento de tormenta en las guabas. Avanza decidido. "Otro hijo pa que se pierda; y si se logra, que tenga que llevar la vida de perro que e llevao".

Y alza el perrillo que fulge y corta las sombras apretadas. Se le paralizan las manos, le corre un sudor copioso por el cuerpo. Se le doblan las rodillas. Siente ganas de gritar, de llorar, pero la voz se ahoga. La mirada estrábica se ha clavado en el crucifijo, que tiende sus brazos negros y torcidos abiertos al perdón. Y cae de hinojos.

Y el llanto acude desbordante, sonoro, como el rodar del chorro en el cauce limoso de piedras. Y las palabras a borbotones, temblorosas, estremecen los tabiques:

"La mujer es buena como la tierra y el fruto es de Dios".

El boliche

A Pedro Núñez

Un viento seco hacía ondular los paños blancos del semillero. La tierra —labios de moribundo sediento— aguardaba implorante la limosna de lágrimas del cielo. En la inclemencia azul ni una nube presajera de lluvia. Surcos abiertos como una esperanza. Rostros sombríos como una desilusión.

—No hay cuenta con los soles —me decía don Juancho, viejo y rugoso como la tierra misma.

Frente a la vieja casona de don Juancho se tendía en un altozano el blanco semillero de tabaco donde se cunaban las semillas. En aquellas tiernas semillas estaba cifrado el porvenir todo de este hombre hecho en el tabacal.

Más arriba, las tierras peladas, secas, tostadas, donde morían quemadas por la inclemencia del sol las semillas recién trasplantadas. El viejo las miraba como a hijas de su alma y oteaba la milpidez espejante del horizonte en busca de una nube negra y espesa.

—Con la muerte de la luna viene "el norte", me lo dicen los callos —profirió un campesino. Pero la luna paseó indiferente su faz macilenta sobre la miseria de los hombres del tabacal. Sólo en la alta noche un perro famélico alentó en un aullido largo y quejumbroso una esperanza de queso y miel.

—Mire, usté no sabe lo que es la vida del cosechero de tabaco. El tabaco es como un niño malcriao; jasta hay que ponerle mosquitero, lo que no hacemos con los propios hijos. Y tener cuidao pa que no lo mate la changa y la pulga. Abonarlo, enverearlo, menearlo. Estar dependiendo de las secas, del norte, que cuando se

mete fuerte arrastra las matas y sancocha las gavillas. En los ranchones hay que cocerlo, guindarlo, rociarlo y mil cosas más. Y hay que pasarse las noches en vela cuidando de la temperatura para que no se sancoche. ¡Y con lo que le paga el ingrato a uno! Aquí los que más ganan son los menos que trabajan.

—Mire, y dispués de tanto trabajo, si se logra, no tiene mercado seguro. Tienen que dil a regalarlo. Las compañías refaccionaoras se combinan para fijarnos precios de compra, y usté ta cogío por el cuello. Y de no, tiene que dil donde el acaparador, y usté sabe que nadie acapara pa perder. Y to son mermas para el que lo cosecha y to ganancias para el que lo recibe. No se trabaja pa ganar.

—Se trabaja para vivir —dije yo con ingenuidad.

—Pa mal vivir —aclaró el viejo acertadamente.

Nada contesté; que de cosas del mal vivir sabía mucho, muchísimo más que yo.

—Treinta años en este tajo, cosecho tras cosecho; estas canas que usté ve, aquí me han salío, y en pago sólo tengo la finca hipotecá. Ésta es la última carta que me juego. Si no logro un desquite, me tendré que dil al pueblo a vivir de la caridá. Amigo, lo más malo del tabaco es el boliche, que sólo sirve para la fuma. Boliche, tabaco que no llega a ser pie, medio ni corona. Boliche, ésa es la vida del tabacalero. Y se alejó por el trillo hasta perderse en la neblina del semillero.

Y musité dolorosamente: —Boliche, tabaco malo; boliche, tabaco que no llega a ser capa.

Un lampo rojizo como de incendio sobre los cerros anunció la muerte de un día.

El cosechero de tabaco vive eternamente soñando un desquite. Como el jugador de azar que espera en una última carta recuperar todo lo perdido, y pierde aún lo que le queda. Así el pequeño tabacalero, buscando un desquite, que a veces nunca llega, pierde su finca y el pan de los hijos.

Por fin, llegó “el norte”. Las lágrimas del cielo mojaron los labios secos de la tierra todoparidora. Las lluvias cayeron sobre los surcos abiertos e hicieron pesadas las veredas. Cayeron las lluvias mojando la esperanza de los hombres del tabacal.

Se escuchó, de cerro a cerro, la palabra "norte"... El timonero alentaba el buey que sacudía jubiloso los flancos potentes. —¡Entra al surco, buey Lucero!... Los "changos", detrás del arado, buscaban en negro revoloteo los gusanillos.

Y los cerros poco a poco se fueron poblando de hombres, mujeres y niños, que, encorvados sobre la roja besana, iban sembrando, "enveredando", abonando, meneando el terreno. Y las semillas crecieron y pusieron su nota verde plomiza en las laderas de los cerros. Las lluvias trajeron la risa a los rostros famélicos.

El ranchón sacudió su modorra. Penetró el trajín a su vida. Fue creciendo el tabaco: "pie", "medio" y "corona". Mujeres, hombres y niños se entregaban a la tarea del deshoje. Y los fardos enormes entraban a los ranchones en hombros de los campesinos.

¡Pobres mujeres, pobres hombres y pobres niños! Hombres de míseros jornales, curvados de sol a sol, macilentos, de cuerpos magros, comidos por la anemia, hurgados por el hambre. Caras casi verdosas, como la hoja amarga del tabaco. Mujeres gastadas por la maternidad y el trabajo excesivo. Niños prematuramente viejos, que no saben de los Reyes Magos y sí de la noche mala, y del "puya", cuando lo hay. Y después de toda esa labor ímproba, vi a estos pobres campesinos comer una "sopa larga" y rala. Maravilla de la dietética campesina. "Sopa larga", sopa filosófica, sopa de los miserables.

Una vez escuché esta conversación que me sobrecogió de espanto: —¿No sabes que al hijo de Venancia lo trajeron en una hamaca?, se cayó del ranchón de Pío. Esta noche es el velorio.

Tal es el epílogo de esas vidas anónimas: una hamaca y un velorio.

Los fotutos apuñaleaban el silencio, y los perros ladraban al conjuro estrellado del misterio.

Vi siempre a don Juan moverse ágil en la dura faena. La última vez lo columbré en el deshoje, el viento apacible de la tarde jugueteándole con sus grenchas, blancas como los paños del semillero.

El cosecho fue grande, pero se metió un norte muy fuerte y "sancochó" las gavillas. Además, vinieron la baja de precio y la

consiguiente arruinadora venta del tabaco. Y todo mermas para el cosechero y todo ganancias para el acaparador.

Me alejé del barrio, y pocos meses después, mientras deambulaba por las calles del pueblo, alguien me detuvo. De primera intención quise desprenderme del intruso, creyendo fuera un pordiosero o un tunante. Pero reconocí aquella cara.

—¿No se acuerda de don Juancho?

¡Cómo no lo iba a conocer! Los meses le habían hecho huellas de años.

—Perdí la finca que tenía hipotecá. ¿Se acuerda? ¡Era el desquite!

Y en sus ojos temblaba una lágrima de rebeldía.

Hice ademán de ayudarlo con dinero. Pero rehusó con esa hidalguía de los bien nacidos. Y se alejó, no ya por el trillo y sí por una solitaria calleja, arrastrando pesadamente su cuerpo como se lleva una pena.

Y recordé aquella frase: Boliche, tabaco malo, tabaco bueno para “la fuma”. Boliche, tabaco que no llega a ser “pie”, ni “medio”, ni “corona”. Boliche: esa es la vida del tabacalero.

El cuento del baquiné

Fue en mi inolvidable barrio Yaurel, camino del Palmarejo, carne negra y alma blanca. A la sombra del "jumazo" de la central una humanidad doliente, quemada por el sol canicular, gime penas de esclavo. Canto de "olé" al mediodía, lento y quejumbroso, y mientras la paja crepita bajo el peso de acero del sol cenital, los bueyes rumian cansancio de siglos a la sombra fresca de los mangosales. Bueyes y hombres uncidos al mismo yugo y a la misma mansedumbre. Caña amarga, surcada por limosos zanjones de riego, criaderos de mosquitos. Y en ese mi inolvidable barrio Yaurel, me inicié en el trajín amargo de la vida, y aprendí lo que en los libros nunca pude: escuela de dolor. Y supe de la malaria, y de la anemia, y de la consunción de los cuerpecitos adiposos de los niños que miran con ojos melancólicos, y del canto del hambre en las caras sin sueño.

Para mis amigos del barrio Yaurel, la siempreviva de este recuerdo.

Era domingo, y había convocado a una reunión recreativa a los amigos del barrio. Pero nadie acudió. El domingo, tras el duro bregar, suelta rienda el campesino a su expansión transitoria y bebe para olvidar penas hondas de cañaveral.

A lo lejos se escuchaba un persistente canto de atávico dolor. Y pregunté a Lino, moreno charol, hercúleo en la figura y nocheriego como él solo, por qué mis amigos no habían correspondido a mi invitación. Y me contestó: —Hoy se canta el cuento del baquiné en casa de Tano; murió un niño, y todos están allá.

Acuciado por la novedad, me encaminé con Lino para la casa de Tano. A medida que íbamos acercándonos, las voces se hacían

más fuertes. Era el lamento de una raza explotada. Éste fue el cuadro que contemplé en el batey de la casa de Tano. Bajo un árbol de mango se estaba celebrando el cuento del baquiné. Del tronco del mango pendía un farol que arrojaba su luz mortecina y temblona sobre los sudorosos cuerpos de ébano. Un viejo moreno tocaba el "cua", improvisado tambor. Toque monorrítmico y selvático.

Modalidad del baquiné en que, en forma de canto dialogado, se expresa la vida de unos hombres, sus luchas, sus penas; queja amarga de una humanidad hecha a golpes de caña y a jaleo negrero de capataz.

Los morenos habían formado una rueda. En medio, en culebreo fantástico, se contorsionaba uno de ellos mientras cantaba: "Baquiña, baquiña, baquiña". A lo que el coro contestaba: "La hoja de baquiña, la hoja de baquiña". Voces guturales, lentas, sombrías. De súbito uno de los del coro se adelanta y agarrando violentamente al que en medio lleva el cuento, le pregunta bruscamente: "¿Qué es eso de la hoja de baquiña?". A lo que el interpelado responde: "Na, que ña Tole tenía doló de cabeza y ña Juana le recetó la hoja de baquiña". El coro prorrumpe violentamente: "Baquiña, baquiña, baquiña, la hoja de baquiña, la hoja de baquiña".

Es la superstición de la hoja milagrera que cura con el santiguo. Hombres enfermos, comidos por la anemia y la malaria, hurgados por los "once mil caminos del hambre", sin recursos para curarse, sueñan con la misteriosa hoja de baquiña, que cura males del cuerpo y del alma. Hoja de la esperanza que cobija a los desheredados de la fortuna.

Salta en medio del coro otro de los morenos, que con voz cadenciosa entona: "Mamá, mira a Melo; Melo está bonito, Melo chiquitito, Melo muertecito". Y el coro responde: "Melo, Melo, Melo".

Y Meló, en una cajita de tosca madera, con ojos como cuentas, un rojo clavel en los mustios labios, con una trinitaria atada al cuello, parece que cuelga de la eternidad. Vaga el niño por campos donde el dolor no existe y el hambre no hurga. Es la endecha triste a la partida de Melo, tronchado en flor de vida por la "mala pelona".

Viene al medio otro moreno, arrastrando en voz de angustia este cantar: “Comandé, Comandé, Comandé”. Al unísono el coro le pregunta: “¿Qué pasa, Comandé, que pasa?”. Y él, con dejo de honda decepción, contesta: “El médico me dijo a mí: ‘No hay cama; Comandé, no hay cama…’.

Yo, que viví con ellos, sé toda la amargura que entraña este cantar. Es la historia del negro que lleva el familiar en la blanca “jamaca” al hospital del pueblo, tembloroso de fiebre, y al llegar se le dice: “No hay cama, no hay cama”. La tragedia del negro Comandé es la de muchos campesinos de Puerto Rico.

Varía la modalidad del cuento. Cobé, cojeando, viene al centro de la rueda, y mirando suspicaz por todos lados, canta: “Cobé estaba bailando”. El coro responde: “Los guardias lo están buscando”. Y de pronto los del coro le avisan: “Cobé, ahí vienen los guardias”. Huye éste despavorido. Llegan dos guardias y preguntan: “¿Dónde está Cobé?”. Y los del coro le responden: “Cobé estaba bailando; los guardias lo están velando”.

Cobé es el negro que en una reyerta dejó tendido a un compadre. Los guardias lo acechan. Cobé es encubierto por sus amigos. Anda suelto por los cañaverales y de cuando en vez se presenta en las fiestas, donde es bien recibido y nadie es capaz de delatarlo.

Ahora se nos presenta este cuadro. Lino, aquel moreno charol, sale al medio y prorrumpe con desdén: “Yo no cargo na. Yo no cargo na”. Coro: “Carga, carga, carga”. En eso viene el que hace el papel de patrono acompañado de dos guardias. Dice éste enfurecido: “Mire, señor guardia, este negro se comprometió a llevarme una carga, y después que le di el dinero, no lo hizo”. El coro le dice: “Carga, carga, carga”. Y abatido con aceptación ficticia responde: “Yo la vua a cargá”. Pero tan pronto se aleja el amo repite con sarcasmo: “Yo no cargo na”. Ante esta rebeldía retorna el amo con el guardia y le pegan.

Es la rebeldía del negro, hecho a golpes de caña y a jaleo de capataz. El negro ha sido buey de carga, y sobre su lomo de ébano tiene cicatrices de encono. Es la voz de Ogé y Toussaint L’Ouverture. Es el grito atávico de la libertad en la selva. Es la voz

que se trueca en ansia de justicia. Es grito de hastío, de protesta, en el que se resume el dolor de los que por razón de pigmento sufren todos los oprobios y todos los vejámenes. "Yo no cargo na; yo no cargo na; yo no cargo na...".

El negro jueyero sale a la escena. Encorvado, con un machete en una mano y en la otra un saco, hace como que hurga cuevas de jueyes... Los del coro le gritan: "Jueyero, jueyero, jueyero". A lo que éste responde: "Juey son cascos, juey son cascos". El coro vuelve a gritarle: "Abre el saco". Y el jueyero responde con desprecio: "Juey son cascos".

El juey es comida predilecta del negro playero. En la noche cuando la sombra se hace sobre los cañaverales, bajo los cocoteros, refulgen los jachos de los jueyeros cual "cucubanos" fantásticos. Mucho trabajo y poca comida es eso de ir cogiendo jueyes. Y así es la vida del negro: "Casco na má". Trabajo de sol a sol, mala pelusa que corta en vivo la carne, y la asfixia del desyerbo que produce el "pasmo". Y de cuando en vez el trago de mamplé, que pone ardor en las venas y mata un recuerdo amargo prendido en el meollo del corazón. Trabajo y más trabajo, dolor y más dolor. Lo otro: "Casco no má".

Ahora viene la representación de San Felipe. Se traen ramas de coco y se forma una especie de caseta. El que lleva el cuento se retira y emite el sonido da la ráfaga huracanada: Brruuu, brruuu... Los del coro, denotando espanto, contestan: "San Felipe, San Felipe, San Felipe...". Pausadamente se va acercando el que lleva la voz cantante y se abalanza sobre las casetas de palma. Los del coro huyen despavoridos. Y a lo lejos tenuemente se escucha el grito: "¡San Felipe llegó! ¡San Felipe llegó!".

Cuadro casi primitivo. Lucha del hombre contra la naturaleza. Fuerzas ignotas que se desencadenan y azotan al hombre. Es el recuerdo amargo que dejó en el pueblo aquel terrible ciclón de San Felipe. Trágica amanecida para Puerto Rico. El viento arrasó con las cosechas, el río inundó el valle ahogando los animales, y bajo la cobija de palmas o el zinc de la mediagua tuvo el buen compadre que sacar al hijo empurpurado en sangre. Y después, el vagar sin casa y el bochornoso "mantengo". Voces de

San Felipe, voces cuajadas de angustia. San Felipe, ¡cómo dejaste una cicatriz imborrable en la carne sensible de mi pueblo!

Esto se desarrolla en el batey. Y arriba en la casa de Tano se endechaba al muertecito.

Dos guitarras le cantaban:
Yo tengo una flore seca,
yo tengo una flore seca,
yo tengo una flore seca,
la flor del espiritó.
No tengo padre ni madre,
ni hermanito que me llore,
y al lao un sipulcro frío...
A mí me llaman espiritó...

Flor de los muertos. Flor que crece al borde de las tumbas de los miserables. Canto que se clava en lo recóndito del alma. Una tosca cruz sobre un montón de tierra. Es epílogo de esas vidas anónimas en lucha con todas las miserias. Flor quién sabe de la esperanza, flor del más allá, flor del espíritu.

De mano en mano se pasa el "mamplé", que pone calor en las venas y suelta las lenguas torpes.

Y a eso de la madrugada, cuando en el ventanal del cielo apuntan los primeros claros de la aurora, se escucha este triste lamento:

Ya viene el día, pavito, ya viene el día;
Ya viene el día, pavito, ya viene el día;
Y a todos los cristianos se nos llega el día.

"Ya viene el día"… A todos se nos llega el día de la muerte. A ricos y pobres, ignorantes e instruidos, tal es el sino de todo hombre. A veces, consuelo para los que han vivido una negra noche de dolor.

Y con este lamento se fue alejando la gente de la casa. Sobre el cerro del Palmarejo un lampo de luz cárdena anunciaba la llegada de un nuevo día.

El gesto de la abuela

Cuesta arriba, caminito entre robledales, como una herida en la carne verde del cañaveral. Caminito del recuerdo que me conduce a una blanca casita, señera, sobre la loma que domina el dulce valle del Toa. Se alarga el caminito como una pena y se achica y muere junto a la blanca casita del viejo aljibe.

Aljibe bajo el vetusto balcón, sobre cuya húmeda cubierta escuchara de niño los cuentos de la tía Pepa, de aparecidos en el charco de San Lorenzo, de príncipes encantados y pálidas princesas guardadas por negros dragones en palacios de oro y marfil. Casita de ensueños, adonde vuela mi alma bruja en días tediosos a su aquelarre de recuerdos infantiles.

Unos cerros negros vigilan el valle del Toa. Dragones que, como en los cuentos de la tía Pepa, guardan la pureza del valle, la heredad sacrosanta de mis mayores. El Plata, río de leyendas y poesía, lame tiernamente el monte y cierra en herradura de argento la esmeralda del barrio Galateo. Valle del Toa, donde naciera aquel nuestro antecesor, vástago egregio de la raza, don Pepe Díaz, que en el puente de Martín Peña muriera y hoy anda en coplas peregrinas de payadores campestres, que a la orilla del San Lorenzo sueñan. De allí nos vino la gesta gloriosa, voces augustas de nuestros antepasados, voces admonitorias de los que nos trazaron la ruta de la redención.

Llanto de los cerros en sangre de atardeceres, llanto del río en lágrimas de plata, queja de la tierra que se nos va de la mano.

Muchos años después en este mismo barrio Galateo nace aquel ilustre varón, honra y prez de Puerto Rico, don José Pablo Morales. Don José Pablo Morales que luchara como un león

contra el despotismo de los Laureano Sanz, los Pulido, y contra los incondicionales al servicio de los gobernadores de la península. Él, que siendo de sangre azul y cuna hidalga, pone su pluma al servicio de los de la sangre negra y de los peones sujetos a las arbitrariedades de la ignominiosa libreta. Él, que como el Dr. José Gualberto Padilla creía que "los grandes sólo son grandes para aquel que se arrodilla".

Ese era don José Pablo Morales, y de ese mismo linaje procedía mi abuela, doña Dolores Morales Morales, que escribiera esta página ignorada para muchos puertorriqueños y que hoy trato de arrancar al olvido.

La sangre no manca, y desde sus tumbas los muertos hacen su reclamo de gloria.

Me parece, aunque era muy niño, ver a la abuela en el vetusto balcón sobre el aljibe. Cabellera cana, como las cumbres nevadas. Erguida, sin doblegarse al peso de los años, como el añoso y fornido mango que una vez sembrara y que todavía resiste el embate de los vientos huracanados.

Miraba el valle en verdores pleno, los barbirrojos maizales levantar al cielo las moradas espigas y el lento pastar de las reses. Amaba la tierra, la buena tierra que daba el dorado fruto, el pan de sus hijos y de los otros hijos, sus agregados.

Amaba los árboles. Todavía puede verse junto a la casita la arboleda que ha tiempo sembrara. A algunos árboles los mató el huracán y muestran sus muñones implorantes como pordioseros exhibiendo sus lacerias, pero el copudo tamarindo, el nudoso quenepo, el aromático naranjo y el robusto mango levantan al cielo sus copas desafiando el vendaval, como alentados allá en sus raíces por el espíritu recio que les sembrara.

Muerto el esposo, doña Dolores Morales levantó la familia, cuidó y acrecentó la finca, conservando el patrimonio de los hijos incólume. Y fue madre y padre, y su recuerdo perdura indeleble en sus hijos, y sus dichos sentenciosos viven en los labios de los que la rodearon.

Y fue para el cambio de soberanía. Con la nueva forma de gobierno vinieron rubios mercaderes. Traían las bolsas repletas

de denarios. Ofrecían sumas exorbitantes por las tierras costaneras, y los ilusos vendieron el patrimonio de sus mayores por un plato de lentejas de oro. En esa misma época se escuchó el verbo admonitivo de aquel profeta que se llamó Matienzo Cintrón: "No vendáis vuestras tierras". Pero su voz, cual la simiente de la parábola, cayó sobre terreno estéril, y los hombres de poca fe y los ilotas recibieron con befas el verbo encendido del profeta. Y en francachelas y en jugadas de gallos vilipendiaron el porvenir de la patria. Y fue oro maldito, oro de Judas, oro tinto en sangre de hijos. Y vinieron a ser peones los una vez señores de las fincas. Y hoy lloran como Boabdil lo que no supieron defender como hombres.

Y fue que algunos amigos se allegaron a la abuela y le indicaron que los americanos estaban comprando las fincas por sumas exorbitantes, y la instaron a que vendiera la suya. Pero ungida de santa ira, se irguió majestuosa, y como si ante sus ojos tuviera el mapa de su patria y el porvenir de sus hijos, trazó con el índice sobre el pequeño velador un rectángulo y dijo: —Se irán quedando con las tierras de la costa—. Y luego señalando el centro del velador, añadió: —Y después se quedarán con las tierras del centro, con el corazón de la patria—.

Visión profética de una mujer iliterata: ese fue el camino de nuestra expropiación y el comienzo de la desintegración de nuestra personalidad como pueblo. Ya la caña está en el centro, en el corazón de la isla.

Viviendo aún ella, tal como un día lo profetizara, llegaron los rubios mercaderes al barrio Galateo. Habían hecho arreglos para comprar la finca denominada Los Cocos y otra de la sucesión Cintrón, colindantes con su finca, la cual se interponía como una cuña entre ambas.

Y los mandatarios de la central se decidieron a comprarla también. Pudo la abuela aprovecharse de la coyuntura, pero habló en ella el espíritu de don José Pablo Morales, el espíritu de don Pepe Díaz, el espíritu de la raza. La abuela no se vendía; por encima del oro estaba el sentimiento de la patria.

Recibió a los rubios mercaderes con la cortesía de los bien nacidos, pero su corazón estaba en acecho. Le ofrecieron más del doble del valor real de la finca. No obstante, permaneció inmutable resistiendo la tentación. Y fueron inútiles las argucias de los mandatarios de la Central contra aquel espíritu recio que, cual el robusto mango que ella sembrara, sabía resistir sin doblegarse los embates del viento huracanado.

Y cuando uno de los mandatarios de la central le dijera: —Señora, si le estamos comprando la finca como si fuera de oro, —se creció, y mirando el valle esmeraldino y la cinta de plata del río, y a sus hijos, exclamó llena de santa ira: —Yo no vendo un pedazo de mi patria.

Hoy su cuerpo yace en la tumba, pero sus palabras viven. Su hijo don Leopoldo Díaz Morales, otro espíritu combativo, hizo buena la promesa de mi abuela: las vegas todavía son patrimonio de la familia.

Hoy, cuando la profecía de la abuela se cumple, y la tierra se nos va de la mano y somos como peregrinos en nuestro propio suelo, al mirar la blanca casita señera sobre una loma, a la cual conduce un caminito entre robledales como una herida en la carne verde del cañaveral, paréceme ver a la abuela oteando desde el vetusto balcón sobre el aljibe el dulce valle del Toa y escuchar sus palabras imperecederas: “Yo no vendo un pedazo de mi patria”.

El pitirre (guatibirí)

El filo esmeralda de la palma real, que apuñala un cielo azul cobalto, remata la pequeña y esbelta figura del pitirre.

Recuerdo que en esa cruel inconsciencia de la niñez mi predilección en las cacerías de honda lo era el valeroso y altivo pitirre. El negro y lustroso mozambique de ojos cerúleos era cobarde y esquivo al golpe. En cambio, el pitirre hacía oscilar la sombreada cabecita de un lado a otro, daba un pequeño salto para evitar el golpe, a veces se iba tras la piedra y volvía a quedar adherido al filo esmeralda de la palma real.

El pitirre no huye; sangre de pitirre no es sangre de mozambique. Y desde el filo esmeralda, que apuñala un cielo azul cobalto, lanza su grito de guerra: ¡Pitirre, pitirre, pitirre!, que el indio, con sentido onomatopéyico distinto, oía: ¡Guatibirí, guatibirí, guatibirí!

Es príncipe y asienta su aristocrática figura en trono de palma real bajo dosel de cielos de zafiro.

Sobre el barrio, de continuo amodorrado, vense alas de muerte. Avión siniestro es el guaraguao. En espiral va descendiendo lentamente para atrapar su presa. El grito de alarma de las comadres cunde de guinda a guinda, mientras las ponedoras amparan bajo sus alas maternales a la indefensa pollada.

Del filo esmeralda se desprende la diminuta y altiva figura, y en vuelo presuroso ataca, bajo el ala y sobre el ala, al ave rapiñosa del "elemento"; se eleva y lanza verticalmente sobre el enemigo enterrándole el acerado pico. Caballero de pico y pluma es el criollo pitirre. Y retorna orgulloso al filo esmeralda de la palma real. Ariel que vence a Calibán, Quijote que vence al endriago; la

fuerza de los débiles triunfando sobre la debilidad de los fuertes. Allá en el campo dicen que "cada guaraguao tiene su pitirre".

En ese atardecer se bebe por los ojitos el bermellón en llamas de un flamboyán, o el rojo en sangre de un vesperal luminoso.

A veces, por valiente es blanco de la artera pedrada. Cae entonces, el grisáceo plumaje empurpurado en sangre, tremolando la bandera de sus alas en gesto de protesta y gritando con rabia: ¡Pitirre, pitirre, pitirre! (¡guatibirí, guatibirí, guatibirí!).

Pájaro indio, pájaro puertorriqueño, símbolo de mi pueblo. Pequeño y bravo, desde el cogollo de la historia durante cuatro siglos y cuatro décadas recibiendo los embates de adversa fortuna, desde el día en que unas naos castellanas dibujaran el blancor de sus alas en el azul intenso de tus aguas caribinas, hasta este año agónico de nuestro Señor Jesucristo.

Pueblo estoico, has sufrido y resistido los vientos malos de la naturaleza y los vientos malos del destino. Pueblo que has sabido de la opresión y el escarnio. Tu pequeñez ha sido tu único delito. Pero has sido grande en el espíritu; ya cantaba Gautier: "Todo, todo me falta en esta vida; me sobra corazón". Todo, todo nos ha faltado en la vida, pero nos ha sobrado corazón. Y así desde el cogollo de la puertorriqueñeidad has lanzado, aunque a veces gravemente herido, tu grito de lucha: ¡Pitirre, pitirre, pitirre!, (¡guatibirí, guatibirí, guatibirí!).

El indio recibió sobre el lomo broncíneo el látigo de la opresión, y sobre el lomo de ébano del negro el de la esclavitud. Y sufriste plagas e invasiones de hombres que quisieron profanar tu suelo, pero supiste poner en alto tu nombre en la historia.

¡Cenicienta de la América, Cordelia de las aguas caribinas, terrón de angustia!

Con tristeza he visto la gradual desaparición de nuestro pájaro simbólico. Ya apenas se le ve otear, desde el renuevo de la palma real, el valle diafanizado por la luz crepuscular. Ornitólogo no soy, y razones científicas dar no puedo, pero quiera Dios que no sea un presagio de la muerte del pueblo pitirre que hay en nosotros.

El entierrito

Hace unos días contemplé este cuadro típico de Puerto Rico. Venía por la carretera un campesino con la cajita blanca de un muertecito en la cabeza. Encima de la blanca cajita unas mustias y chillonas flores silvestres. Caía una leve, menuda y persistente llovizna, "flor de tigüero" que con elevada intuición poética la denomina el jíbaro. Los pantalones manchados por el lodo de las veredas. El rostro sin sangre denotando cansancio del camino; pero más cansancio y angustia del vivir. Venía de muy lejos. ¿Quién sabe?

Y ese jíbaro solitario, con el hijo muertecito en una blanca cajita adornada con mustias flores, bajo una tenue "flor de tigüero", se hizo símbolo ante mis ojos de la tragedia de nuestra niñez campesina. Carne en flor; pasto de inmundos gusanos.

Este epílogo triste y sombrío, como lo son las vidas de mis compadres, me hizo vivir la angustiosa trama que precede a eso que llamamos el entierrito.

Y retorné a mi barrio Yaurel, atado a mi recuerdo, sepultado en mi angustia, uncido a mi dolor. Y recordé al compay Juan, el hijito menor de la Susana. Todos los días al atardecer se encaramaba en un árbol de corazón en la lindancia de los patios. Y desde la ventana de mi casa, abierta al cañaveral, le preguntaba: —¿Cómo está el compay Juan y doña Susana?. Y con cortesía de adulto respondía: —Yo bien, místel, y doña Susana igual, ¿y usted? Y luego reía mostrando los blancos dientes que iluminaban su faz morena.

—Pues mire, compay, bájese de ese árbol y cómpreme unas "arencas de agua" en la tienda de Pepe.

—Como no, místel, mande usté. Por esa manera cortés de hablar le denominaban el compay Juan. Muchachito "espabilao" y "educaíto", cualidades de niño que se admiran mucho en el campo.

Y la morena Susana llegó un día a mi casa. Las greñas en desorden, los ojos negros en ademán de súplica.

—Místel, el compay Juan está muy malo; le han entrao unas calenturas, y se está poniendo jinchaíto.

Me dirigí a casa de la Susana. El compay tenía las mejillas hinchadas, los ojitos mustios, verdosa la tez, como pequeña hoja "amortiguada" de cañaveral. —Está "ajobachaíto" —profirió uno de mis compadres.

—¿Cómo va el compay Juan?

No pudo responder, ensayó una triste sonrisa que se quebró en una mueca de dolor. Y se me hundió allá en lo soterraño del alma un presentimiento amargo, lo inevitable; las alas negras de la "pelona" que se cernían amenazantes sobre aquel mísero hogar.

Uno más, una baja en la lucha inmisericorde del cañaveral. Uno más que se iba por la vereda umbría que tramonta al más allá.

Los campesinos me enseñaron a vivir de la esperanza. Y por eso al otro día acompañado de la Susana fuimos a ver el médico de beneficencia. La Susana había arrebujado al compay en un blanco paño para que "no cogiera un yelo o se pasmara".

Mejor que yo lo expresan mis compadres:

—Lo mesmo de siempre; la agüita y el pasote. "La jambre es lo que mata a los probes".

El médico de beneficencia, meneando la cabeza en forma pendular, diagnosticó:

—Díaz Alfaro, el morenito tiene muy pocas probabilidades de salvarse; es la anemia perniciosa.

Y las palabras huyeron de mis labios.

La Susana me aguardaba intranquila, como quien espera la sentencia de muerte. Notó mi turbación. Y lo demás: un rosario de lágrimas.

Un grito desesperado quebró la paz augusta del cañaveral. Había sucedido lo inevitable. Y corrí a casa de la Susana. Ya algunos compadres se me habían adelantado. En el batey estaba don Fruto Torres, no se atrevía entrar; siempre huidizo y esquivo, como perro de campo que va al pueblo. Don Goyito y don Jeró Cora sujetaban a la Susana, a la cual le había dado el "mal de pelea". Algunas mujeres entradas en años, con pañuelos de Madrás en las cabezas, daban la consabida resignación. En esos grandes dolores, los campesinos se funden, se hermanan, todos han pasado por esa amarga experiencia y la comprenden. Era el desahogo ante lo incontenible.

—Místel, tanto que él lo respetaba a usté. Tan "educaíto" y "espabilao" que era. Y mírelo, místel, como está ahora.

Y no quise mirarlo porque había muerto en mí el trabajador social objetivista y el corazón me iba ganando la partida.

Al forcejear violento de la Susana, se sucedía un estado como de hipnosis de lamentos más débiles.

Y luego la inconsciencia, las palabras sin sentido. El lenguaje incoherente de la tragedia, que no tiene palabras.

La acostaron y las comadres le pasaron alcoholado por la cabeza y le dieron a beber "agua de azahar".

Bañaron al muertecito y lo vistieron de blanco. Lo colocaron sobre una mesa. Le pusieron una coronita en la cabeza y un encendido clavel en los labios. Y lo cubrieron todo de flores. El compay Juan parecía como dormido. Los niñitos de las "mediagüitas" cercanas penetraban a la casita y lo miraban con curiosidad. Los hermanitos del muertecito lloraban por las esquinas. Más de temor que de pena. Y recordé aquel canto triste del baquiné de Meló: "Hermanito espérame, hermanito espérame". Sí, espérame, que tras él se iría otro por la vereda umbría.

Y el cañaveral se hizo sombras. Vino la noche y con ella el velorio, porque la Susana no quiso el baquiné. Y allá en el batey de la casita vi unos compadres que entre palo y palo le hacían la cajita de pichipén al muertecito. Se pasó "mamplé con multa" y café negro. Se escuchaban los lamentos de la madre y el gimotear de los niños. Y los ojitos del compay Juan reverberando a la luz

imprecisa de las velas parecía que hacían guiños a otros angelitos morenos.

Y tras la noche de insomnio, la partida desgarradora del muertecito.

A la Susana tuvimos que detenerla; quería irse tras el muertecito. Todavía me parece escuchar sus gritos de angustia: —¡Pobre compay Juan, pobre hijo mío; esta noche bajo la tierra!

Sólo cuatro campesinos iban en el entierro, porque el pueblo está distante. Uno llevaba en la cabeza la blanca cajita del compay Juan. Lentos y silenciosos se fueron alejando por la vereda de Pitahaya, camino del pueblo, camino del nunca más volver... Los gritos de la Susana se fueron haciendo más débiles.

Y el silencio se hizo sangre sobre el verdor inclemente del cañaveral.

La receta del curioso

La Juana me envió una razón para que fuera a ver a don Pedro que estaba muy malo. El mismo cuadro de siempre. La boca negra del bohío que se abría a la muerte.

—Dentri místel, perdone que lo jaya mandao a buscar, pero es que el Peyo está muy malo, como “yendo y viniéndose”. Y en el fondo oscuro del cuarto sin ventilación, vi a don Pedro entre amarillentas sábanas.

—Místel, siéntese. Y acercó un ture junto al camastro donde estaba acostado don Pedro. La mirada vidriosa hundida en el vacío, los pómulos sobresalientes transparentando la tez lunar.

—Míster, ya ni resuella, usté que es el Social, ¿qué me aconseja?

Contemplé con veneración aquel rostro de mujer abnegada, dolorosa, crucificada en la angustia del tabacal. Y musité esas palabras que afloran a nuestros labios, cuando se nos cierran las veredas de la razón:

—Señora, tal vez, Dios es grande y puede hacer mucho... Y no quise profanar el silencio mortal que se cernía sobre aquel mísero bohío con palabras sin sentido.

—Místel, yo sé usté jizo cuando pudo. Por su mediación lo llevamos al pueblo. El compae Tello y el compae Juancho lo llevaron en la jamaca. El dotol les dijo que el caso estaba “desafuciao”. El “desafucio” es la sentencia de muerte en el campo, es el *nulla est redemptio*, es la desesperanza.

—Místel, al Peyo lo mató el tabacal; esa jinchazón es la jediondez del tabaco, que pone a los pobes héticos.

Un rayito de sol, una “miajita” de luz se coló por entre las tablas de palma posándose en la faz nazarena de don Pedro.

Y me fui amargado. Ya en la vereda me pareció ver a don Pedro, llevado en brazos de los compadres en una mal labrada caja. Y hundirse no ya en el blanco semillero del tabacal, y sí en otro semillero de cruces negras del pueblo. Semillas en transplante de eternidad.

Tres días más tarde me llamó don Marce Román, el principal de escuela a su oficina. Don Marce me enseñó mucho de eso que no se aprende en libros y de lo cual se teje la urdimbre misteriosa de la vida.

Allí me aguardaba la Juana. Arrebujada en un paño negro.

—Mire, Díaz Alfaro, doña Juana tiene una cosa que consultar con usted. Y por lo bajo me dijo: —Éste es un buen caso para ti.

—Doña Juana, ¿cómo va don Pedro?

—Pues místel, de mal en pior, la calentura no le deja.

—Pues doña Juana, usted sabe que aquí estamos a su disposición.

—Si ya lo sé, mistel, usté y don Marce se han portao muy bien colmigo. Mire, pero quiero que me ayuden en esto. Fui donde el “curioso” don Tele, y me recetó este “mistro”. Y quiero que ustedes me impresten algo pa comprarlo. Me vale seis riales.

Y me mostró la receta. En letras borrachas en un papel mugriento, pude leer: tolúa, yerba de cabro, salvia, ruda.

Y habló en mí el trabajador social, que debía luchar con la superstición, con la ignorancia, con la curandería que hace víctimas a las almas crédulas... Y prorrumpí:

—Mire, doña Juana, eso es un engaño; esos curanderos son unos explotadores... Y sentí la mirada cargada de reconvenciones de don Marce pesar sobre la mía. Y luego me asió fuerte por el brazo y adelantó:

—Doña Juana, el míster y yo le vamos ayudar para comprar esa receta... Son seis reales, aquí tiene la mitad del dinero. Míster le va a dar el resto... ¡Quién sabe si se cure, Dios es grande!

Enmudecí, aprendí en aquel minuto lo que en siglos no se puede. Y me uní a don Marce en la farsa:

—Sí, cómo no, aquí está el resto. Vaya y cómprese esa receta. Tal vez le haga bien.

Y la vimos descender la escalera de la oficina, y alejarse por el camino de Certenejas, ingrávida, bamboleándose, pero llevando en el alma un retoño de ilusión.

Y entonces don Marce me dijo algo que no se me olvidará jamás:

—Nunca mates la flor de una esperanza, cuando de la vida sólo quedan ruinas.

Don Fruto Torres

Aún me parece verlo: la cara huesuda, rugosa, a la cual se adhería flojamente la barba rala y atónica. Una racha de pelo hirsuto le asomaba en desgano por la pava raída. La ropa suelta al viento, crucificada de remiendos como su vida. Y aquellos sus ojos claros y serenos, en cuyas aguas tersas la muerte dibujaba su faz macilenta.

Era un retazo de humanidad, la sombra de un jíbaro que fue. Yo lo llevo clavado a mi recuerdo en la cruz de una emoción perenne.

Tenía un algo de Quijote vencido, de gloria venida a menos. Me traía a la mente aquel Cristo blanco, desangrado, de palidez lunar, velazquino. Eso era él: un Cristo blanco, desangrado, crucificado en el calvario del cañizar.

"Míster, yo soy una res vieja camino del matadero".

En esta frase cargada de honda amargura sintetizaba el fárrago de su vida de reata, trágica, que le pesaba como un yugo sobre su flaca cerviz. "Vida a garrochazos", cual le oí proferir una vez.

Había sido nombrado trabajador social en aquel barrio de Yaurel, de cuyo nombre sí quiero acordarme.

Allí me hice hombre: jaleo de negro esclavo uncido al atavismo de la Central, vidas ancladas al surco, miseria, y más miseria que templaron mi alma en el tráfago de las injusticias sociales.

Salía, como el manchego, a desfacer entuertos por aquellos caminos. Mi primera encomienda era convocar una reunión de padres y maestros. Me creía yo en aquella mañana Cristo redentor por los caminos polvorientos de Judea. Pero el gesto optimista trocose en rictus de impotencia. La realidad es un

hueso duro y sin tuétano, me dije, porque ignoraba esos cuadros de vidas anónimas que amarilleaban al olvido cual osamentas de reses a la vera de aquellos caminos soleados.

Ésta no era aquella realidad borrosa que me había forjado de estudiante universitario. Tragedia enorme la de mi pueblo campesino. ¡Sublime su actitud estoica ante la vida y la muerte!

Por eso me parecía ridículo cambiar ciertas actitudes fundamentales del jíbaro ante la vida, cuando a la inversa podía aprender de ellos, que nunca visitaron las aulas universitarias pero que, en cambio, se doctoraron en dolor y sentaron cátedra de sacrificio. “Nada más largo que la esperanza de un pobre”, sublime expresión que explica por qué el jíbaro puede sobrevivir a tanta injusticia. De la esperanza vive y con ella muere. Única joya que posee el pobre de la montaña.

Asomaba la miseria su faz macilenta en cada mediagüita. Niños adiposos y anémicos, mujeres ajadas y hombres gastados, que más bien parecían fantasmas sobre un valle de desolación.

La poca sangre que les había dejado la Central, se encargaban la anemia y la malaria de ir chupándosela como sanguijuelas hasta trasparentarles el cuerpo magro.

Zanjones limosos del riego en cuyas aguas pútridas se agazapa la muerte alada: el mosquito.

Pero lo más que me sobrecogía de espanto eran aquellas hamacas blanquecinas que se descolgaban de los cerros circunvecinos en brazos de los compadres con su despojo humano camino del hospital, camino del cementerio. Presagios de mortaja, presagios de velorio, a prisa, a prisa, como entierro de pobre, a rendirle a la madre tierra la última piltrafa de humanidad.

Buscaba un “caso” de trabajo social. La casualidad, o quién sabe, la intuición, me hizo dar un encontrazo con este primer “cliente”. El sol canicular secaba las pajas y hacía crepitar las cañas. Los bueyes jadeantes se replegaban al cobijo fresco de los mangosales. Un “ay-lé ay-lá” entonaba el peonaje quejumbroso. “No saben los adivinos por dónde el tormento viene, porque el tormento tiene once mil y más caminos”. Caminos de la miseria, caminos del hambre, caminos del cañaveral.

Una mediagüita a la vera del camino. Dentro, en la estrecha y única habitación, un anciano se mecía en una hamaca deshilachada. Desnudo el busto enclenque como de mártir torturado.

—Buenos días le dé Dios —respondió con voz pastosa a mi saludo. —Dentri.

Le indiqué que venía a invitarle a la reunión de padres y maestros.

—Cómo no, a mí siempre me ha gustado cooperar con la escuela. Si míster Brenes me presta una camisa, de seguro iré.

Mi pobre hombre, sin ser feliz como el del cuento, no tenía camisa.

—Jipatito, tráigale una banqueta al místel.

Me senté fuera, ya que el calor era sofocante.

Prosiguió: —Yo siempre he querío que mis hijos se eduquen, para que no tengan que pasar esa vida de perro sarnoso que he llevao, pendiente del hueso que a uno le tiran.

Y le temblaban los labios de ira, quebrando un grito de rebeldía al destino, que se había empeñado en jugarle una mala partida.

—Tengo dos en la escuela. No me desplico cómo los pueo sostener. A veces se van sin el "puya" para la clase. Mire usté, cómo está endilgao ese jipatito de saco de harina de pan.

Y en la mugrienta chambrita del niño se hacía visible la palabra "harina". Pobres niños campesinos, prematuramente viejos, que no saben de la fruición de las sedas, sin Reyes Magos, sin cuentos color de rosa, cunados a brizadoras de muerte.

—Mire allí dentro; ¡qué cuadro! —dijo, señalando al interior de la estrecha y calurosa habitación.

En el húmedo soberao tres niños dormían plácidamente. Uno de ellos era mulatito. No acerté a explicarme, ya que don Fruto era blanco y su esposa también. Pero se adelantó a mi previsión: —Este negrito no es hijo mío: es de mi hija, la Arrastrá. Ya usté la conocerá. —Y empezó a llamar: —Tona, Tona... Y la voz pastosa se perdió en la guinda como un lamento.

—Mande —respondió una voz como alma en pena desde la rehoya. Al poco rato un harapo de mujer inválida repechaba arrastrándose como un reptil por la pendiente de la quebrada.

—Buenas le dé Dios... ¿para qué me quería, don Fruto?

—Na, mija; para que el míster te conociera. Puedes dirte.

—Canalla, canalla —profirió. Siendo asina arrastrá, un sinvergüenza me la desgració. La siguió con la vista hasta que se perdió en la maraña.

—Ésa es la madre del mulatito —Y pasaba la mano sarmentosa sobre la tosca cabellera del infeliz. Una lágrima le enturbió el claror sereno de sus ojos.

El viejo escupió su mascaúra como una maldición y procedió a relatarme una de esas historias de campo adentro ante las cuales la ficción palidece:

—Cuando vivíamos en la mediagüita que se nos quemó, una noche ese canalla, aprovechándose de su debilidad, la desgració. La enamoró prometiéndole casarse con ella, y la pobre cayó en la trampa. Oiga, míster, no sé cómo no lo maté. Pensé en los jipatitos, en mi mujercita, en la Arrastrá, y me arrepentí. Asina es el pobre; nació para aguantar como el buey viejo.

—Después lo llevé a juicio, pero usté sabe que la justicia no se jizo pa el pobre. La corte sentenció al indino a pasarle una mensualidá. Y no quise que se casara, porque sólo una madre puede dar atendencia a una mujer asina.

—Ahora vivo de la caridad de los vecinos. Y asina he levantao a mi familia. El otro día fui a buscar empleo a la Central y me dijeron: —Fruto, tú estas viejo para trabajar. Con eso me despacharon. "Viejo", masculló con desprecio... —Con eso me pagan después que dejé mi vida en esos malditos aguasales del riego.

—¡Maldito jumazo negro que nos quema el dulce de la tierra", dijo mientras señalaba la chimenea negra centralina que se erguía amenazante sobre el verdor sereno del valle.

—Lo peor del caso es que nos vamos a quedar sin cobijo. Cuando se nos quemó la mediagüita que teníamos, me encontré al sereno con mi familia. Desesperao me metí en esta deshabitá del compay Taño. Me dejó los primeros días, pero ahora me echa, y estuvimos a punto de pelear. Yo sé que esto va a parar en mal. ¿Qué haré yo? ¿Qué será de nosotros?.

El sol estaba en el cenit. Me despedí amargado.

Recordaba con sorna mi especialidad en psicología. ¿Cambios de actitudes? Fantástico y utópico me parecía el cambiar actitudes a este viejo hecho a golpes de caña, que podía señalarme la actitud suprema ante la adversidad: ese estoicismo de buey viejo, indiferente al yugo que le hiere el cogote. Anhelé en ese instante tener un poco de aquella fe que ungía al Maestro en la agonía del huerto.

El domingo se celebró la reunión de padres y maestros. El domingo es el día que el peonaje se emborracha para olvidar penas del cañaveral. Pero mis buenos compadres cumplieron su palabra, ya que la cortesía es la única riqueza que el campesino puede derrochar.

Don Fruto me esperaba a la salida de la reunión. Algo siniestro denotaba la lividez de su rostro.

—Míster, haga algo; hoy vino el compay Taño y por poco ocurre una desgracia. Me echan pasao mañana. Oiga, eso no se le jase a un compay...

Me lo dijo en un tono tan suplicante, que respondí airoso y confiado: —No se amilane, don Fruto, que usted no perderá su mediagüita.

El método que utilicé para resolver aquel caso no sé si está reñido con las normas de trabajo social, ni me importa saberlo. Eso lo podría juzgar fríamente desde mi escritorio. Pero si por estar pensando en normas, en ética profesional, hubiese ocurrido una tragedia de esas tan comunes en nuestros campos, la conciencia me hubiera mordido los talones toda la vida cual un can hambriento. Y era que para mí el viejo había dejado de ser un caso de trabajo social y se había convertido en un caso de conciencia. A veces la realidad nos acorrala de tal forma, que obramos intuitivamente o por corazonadas. “Razones que tiene el corazón y la cabeza no entiende”, me dije con Pascal.

Y me fui con mi buen viejo, más avergonzado que yo, de puerta en puerta, por aquel pueblito de Arroyo, para comprarle su mediagüita. Aprendí una gran lección: hay que esperar más simpatía para el dolor humano de los pobres que de los ricos. Los primeros, paradójico y todo, me ayudaron más.

Al fin, compré la mediagüita al viejo. Dos cruces ante el juez de paz sellaron el litigio, ya que ninguno de los dos campesinos sabía firmar.

Al salir de la corte de paz, don Fruto me dijo emocionado: —Usted ha sido un padre para mí. No recuerdo en mi vida otra frase que me llegara más hondo.

Sublime expresión que tiene el jíbaro para mostrar su agradecimiento. Padre espiritual fue él mío, que me trazó la ruta del dolor y me hizo sentir lo noble de la profesión.

El día que me alejaba de Yaurel, don Fruto vino a mi casa y me dijo: —Míster, no me abandone. Mi familita y yo rezaremos por usté—. Y creí ver una lágrima en sus ojos tristes y serenos.

Después, se alejó por el polvoriento camino entre mangosales, la ropa suelta al viento, crucificada de remiendos como su vida, recortando su silueta de vencido en el horizonte.

Don Rafa, caballero del machete

Este mi amigo don Rafa es un hombre bueno. ¿Qué más puede decirse de un hombre? Es humilde y manso como el buey viejo. ¿Y acaso el reino de los cielos no es de los humildes y de los mansos? La pobreza, empero, no le resta bizarría al gesto hidalgo. Lleva el harapo como quien viste de púrpura.

Mi amigo es del campo. La palabra le brota como al profeta Amós, en metáforas de la naturaleza. Seco, rugoso, hecho a sol y sereno, parece un pensamiento de la tierra. Las lluvias del cielo y la inclemencia de los soles le abrieron surcos en el rostro. Pero su corazón es tierra virgen, tierra blanda que mana leche y miel de bondad. Ojos verdosos de donde fluye una luz tenue, suave; luz de esperanza, "luz de domingo".

Manos callosas que saben del arado y del filoso machete. Manos que abrieron el surco e hicieron florecer las mieses.

Don Rafa vive en una humilde casita junto a la carretera. En los atardeceres el sol la tiñe de oro y arreboles. Y parece casita de oro bruñido, recamada de rubíes; casita de sueños. Sublime compensación de Dios, que da a los pobres el topacio y el rubí de sus atardeceres.

Un copudo flamboyán arropa amorosamente la casita. En verano, cuando sus ramas le roban el rojo a los crepúsculos, le tiende, en gesto galante, manto de grana al caballero que habita en la humilde morada.

Florecen las margaritas de oro y marfil en un jardincito, que la hija mayor de don Rafa cuida primorosamente. Gardenias blancas, claveles rojos, canarios amarillos.

Y la niña que cuida el jardín se llama también Rosa. Gente que ama las flores es gente que ama a Dios. Bienaventurados los que aman las flores, porque ellos verán la Suprema Belleza. ¡Casita sencilla y rústica por fuera, como tu dueño por dentro: eres un palacio!

La hija menor de don Rafa, de ojitos negros y tez pálida, me dice: Míster, dentri; dentri, míster. Hasta los niños manan cultura. ¿Educación, o es que nacen cultos?

Y a poco don Rafa enmarca su figura enjuta en el cuadro de la puerta. —Buenos días... Dentri, que ésta es su casa... Y la palabra es sincera y efusiva: le mana como agua de manantial.

Antes que el padre lo requiera, ya uno de los niños menores trae una banquetita, que ofrece con la galanura del que brinda un trono.

En la salita, Pedro, seco y alto como su padre, teje alfombras de junco. Los hermanitos le ayudan, pero abandonaron las labores cuando llegó el maestro. Don Rafa les ha enseñado a respetar y venerar los maestros. El maestro es el que imparte el pan de la sabiduría; el maestro es el que sabe. El maestro es el segundo padre. ¡Cuánto más bello es este respeto que la desfachatez igualitaria que, a son de personalidad, se va introduciendo en nuestras escuelas! "El maestro, es el maestro...".

"Usté, que sabe...". Y don Rafa agranda los ojos y bebe mis palabras. Sed de saber, que es amargura "por no saber de letras". Vaya, viejo, que "la letra mata y el espíritu vivifica".

La buena doña Josefa, su esposa, apenas cruzo el umbral, ya trae el espumoso café de la humeante "jataca". Doña Josefa tiene cierta dulzura en el rostro, que me hace recordar esas madonas piadosas de los cuadros antiguos.

Todo está en orden. De los setos penden unos cuadros de santos, una que otra lámina mostrando un búcaro de flores, un retrato medio borroso de don Rafa en sus mocedades. Sobre la repisa, un crucifijo tallado en madera tiende sus brazos leñosos.

Todo respira paz, bienandanza, trabajo. Esta casita bajo el flamboyán es un remanso donde se aquieta el alma.

Don Rafa me hace almorzar en su casa con frecuencia. Si no acepto, lo considera un agravio. Me abruma de atenciones. Y siento que se enorgullece de que me honre en su mesa. Y es que don Rafa es rico en su pobreza; es de aquellos que de lo que no tienen dan. Don Rafa es un retazo de algo que se nos va de la mano, cediendo a una grosería que muchos han dado en llamar lo práctico.

En sus modales señoriales, en su desprendimiento, en su cortesía y hospitalidad, en su alto sentido de la honra, hay reminiscencias de algo que está en el subsuelo de la raza hispana. Algo del Cid, de Pedro Crespo y algo del Caballero de la Triste Figura.

Don Rafa no es caballero de la espada, pero sí es caballero del machete. Tiene la cortesía en el filo del sombrero y la bondad en el filo del corazón.

Don Rafa practica la alta religión del servicio. Siempre que se le pide un favor, dice que sí.

—Sí, señor... mande usted... exclama mientras se quita ceremoniosamente el sombrero.

Lleva colgado al cuello un medallón de san Antonio. —Lo llevo conmigo desde hace veinte años. Una noche tormentosa iba yo en un bayo cerrero. Los caminos estaban resbalosos. Al llegar a la joya de una quebrada, el caballo se espantó y me tiró por la cabeza. Caí al suelo, pero el potro no se movió; si no, me hubiera pisado, y quién sabe si no le estaría contando esto ahora. Al poner la mano en tierra para levantarme, agarré esta medalla, y la tengo desde entonces para suerte. Usté dirá que es superstición, pero...

Nada, don Rafa; que el que más y el que menos llevamos en la vida colgado del cuello un amuleto.

Don Rafa fue en sus tiempos un hombre bastante rico. Los terrenos aledaños a su casita le pertenecían. Pero fue de los que se arruinó en el tabaco. Se metió en deudas, y hasta que no saldó la última cuenta, no se sintió tranquilo. —Estoy arruinado, pero mis hijos no tienen que avergonzarse de su padre; no le debo un chavo a nadie. Pobre, pero con honra.

Y no sé por qué me pareció escuchar la voz del manchego vencido por el Caballero de la Blanca Luna, en tierra, decir:

—Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

¿Por qué don Rafa me ha cobrado tanto cariño? Ya sé. En unas Navidades le hice un regalito. Don Rafa sabe ver las intenciones. Y fue como la ofrenda de la viuda multiplicada en compensaciones. "No olvido un favor que se me hace".

Pero más porque cuando me quedaba en el campo, iba a su casa y le hacía chistes. "Quédese esta noche, maestro, y hágame algunos de sus chistes, que nos hacen reír tanto". Quizás en la amargura de su vida hay orfandad de risas. Y cobra con moneda de risas los favores que imparte. ¿Qué hombre es éste? ¿No es ésta una filosofía sublime?

Una casita bajo un flamboyán, una señora dulce y amorosa, unos hijos trabajadores y honrados, una vida rica en trabajo y servicio. ¿Qué más puede pedirse a la vida?

¿Quién hizo más que tú, don Rafa, héroe anónimo de la vida? Acepta esta semblanza en tu honor.

Don Rafa, hombre bueno, caballero del machete, yo te saludo.

Don Goyito

¡Pobre don Goyito!… ¡Cómo se me ha calado hasta los huesos ese campesino paliducho de mi barrio Yaurel! Cada palabra que brota de mis labios es para él un templo de verdades. —Mister, usté que es un hombre de letras, desplíqueme esto. Y acepta mis divagaciones y asertos como postulados incuestionables. Paradójico y todo, el que aprende soy yo de él, que conoce la vida en sus hondones; porque la ha sentido en el infierno de los cañizares; porque le ha mordido cual un can hambriento sus carnes flácidas. Y yo sólo tengo de la vida una imagen borrosa, aprendida en libros, que va adquiriendo contornos trágicos, a medida que me he metido campo adentro entre esa multitud sangrante y mutilada.

Don Goyito está poseído de esa manía inquiridora que nos recuerda al Goethe moribundo exclamando: "Luz, luz, más luz". Yo lo identifiqué con el sapo aquel del cuento de Hans Christian Andersen, que allá, en el pozo de las verdes ranas, soñaba con la luz. Luz del diamante magnífico que, al decir del abuelo, tenía incrustado en su cabeza. Luz que nos nace de adentro e inútilmente buscamos fuera de nosotros. Luz que hiciera exclamar al Maestro aquello de "Yo soy la luz del mundo".

La tragedia de su vida de inconforme la expresa en esta frase amarga: —Mister, ¡si yo supiera leer! El que no sabe es como el que no ve.

Don Goyito, tú lo has dicho. El que no tiene sed de saber es como un topo que araña las entrañas de la tierra sin ver jamás la luz del sol. Y prosigue: —Enantes, don Marcelo me leía unos libros tan atraltibos que tengo en casa: *El conde de Montecristo*,

Señales de los siglos y una *Biblia*. Y luego, en voz queda, me dice: —Y hasta uno del diablo, que es bueno conocer de todo en la vida... Pero mire, no hay quien me lea. He nacío desgraciado. Jasta mandé mi jija a la escuela para que me leyera, pero, me avirgüenzo dicilo, no salió con mi instinto... Y se queda como anonadado.

—Pero creo que fue mejor asina, porque si yo hubiera sabido leer, me hubiera vuelto loco... Y así es, don Goyito, que ya lo dijo aquel de los Cantares y el Eclesiastés: "Quien añade sabiduría, añade dolor". Y tal vez, como el manchego maestro en la locura razonable, se te hubiera metido en la mollera desfacer entuertos por estos caminos de Puerto Rico, por donde tanto malandrín y endriago cometen la sinrazón con nuestro hidalgo de la montaña...

A él quizá fue a quien más he beneficiado con la adquisición de una radio de batería para mi oficina de trabajador social. De noche es el primero que me espera, ávido de escuchar la última noticia de la guerra. Pero siempre se queda parado en el umbral de la puerta esperando le ordene entrar, a pesar de que repetidas veces le he indicado que no tiene que pedirme permiso...

Allí se "amoteta" y lo observo a la luz temblorosa de un quinqué. ¡Cómo le bailan de contento los ojos, y ríe, y se emociona, como un chiquillo, cuando escucha el relato dramatizado de *Las mil y una noches*, que le echa a volar la imaginación por los jardines encantados de Harún-Al-Raschid! A él le interesan más los dramas y noticias mundiales que esa música chabacana y erótica que está en boga.

Cuando uno de los oyentes más jóvenes me hace sintonizar una estación que ofrece música bailable, noto un reproche mudo en sus ojos, y luego me dice por lo bajo con sarcasmo: —Y eso que han estudiao… ¿Es que acaso conoces aquel adagio español: *Quod natura non dat, Salamanca non praestat*? ¿O es que comprendes que no todos tienen ese instinto de cultura que me hablaste antes? ¡Qué estilizado eres, mi don Goyito! Yo, como tú, he sentido náuseas al observar los gustos de algunos que se dicen cultos y reaccionan como acémilas ante las cosas bellas del

espíritu. Me recuerdas aquella frase que pone don Fernando de los Ríos en labios de Chesterton: "Pero, Señor, ¡qué cultos son estos analfabetos castellanos!".

Es el último que abandona el salón y se queda luego discutiendo conmigo las últimas noticias. Un día me hizo esta observación tan atinada: —Míster, ¿por qué esas gentes se empeñan en resolver sus pendencias por la fuerza matándose? ¿No somos acaso todos hijos de un mesmo Dios?

No sé por qué me ha cobrado tanto cariño; nunca le he resuelto un problema; nunca le he dado tratamiento de ninguna clase, porque comprendía que su mal era incurable: fiebre nunca acabadera del saber, que muere con el hombre.

Recuerdo el día que le notifiqué que me iba de Yaurel. Cariacontecido me dijo, como si conmigo se le fuera un hermano: —Míster, no se olvide de este pobre jíbaro y mándele un retrato suyo. Aquello me enterneció de veras, y aceleré la despedida.

Ya en la asmática guagua que me alejaba por el polvoriento camino entre cañizares, le vi por última vez, la pava en lo alto, diciéndome adiós. Y su trágica silueta se fue tornando en recuerdo.

Tres historias de Peyo Mercé:

Trasplante y desplante

Peyo Mercé hacía cosa de veinte años que trabajaba de maestro en el barrio La Cuchilla. No sabía lo que era un ascenso. Sólo le afincaba al magisterio la satisfacción íntima de estar realizando una labor meritoria, y el cariño y admiración que le profesaban los compadres. Había sembrado mucha idea, mucha moral y mucha decencia. Y por eso le importaba un comino la opinión que de él tenía formada cierto supervisor. Verdad que no seguía al pie de la letra las últimas modas importadas de enseñanza; pero lo raro era que sus jibaritos aprendían mucho. Y los sistemas de enseñanza se le parecían a las hojas de yagrumo por lo cambiantes.

Él sabía muchas cosas que no se enseñan en la universidad. El jíbaro "está cansado de apuntes". La miseria hace prácticos a los hombres. Y su verbo docente se traducía en metáforas, en parábolas, arrancadas a la naturaleza, a la vida misma, que es el más profundo de los libros.

A fuerza de obedecer se había hecho manso como el buey viejo. Pero a veces, cansado de soportar el yugo, se sacudía. Y jíbaro al fin, en una frase gráfica sintetizaba un discurso y lo lanzaba como estocada de rebeldía. Y estos desplantes lo habían hecho célebre.

Estaba hastiado de oír a los teorizantes del sistema hablar sobre "trasplantes" educativos. Él los denominaba malplantes; porque el trasplante se hace en terreno propicio. Él tenía su talita de tabaco y podía hablar de esas cosas.

¿Y por qué no enseñaban a los jibaritos lo que debían saber? La vida en el campo es dura.

Deberían tener cría como los pollitos jerezanos. La lucha era cosa de hombres. Y les recordaba la frase de compay Fele: "Bajando hasta las calabazas ruedan". No, lo importante es subir, hincar la pezuña en tierra, trillo arriba aunque se les salieran los bofes.

Y se burlaba de los señoritos pueblerinos que iban a enseñar
a los jíbaros lo que ellos de sobra saben. Como la quebrada inunda el valle con la crecida, así se estaba inundando el sistema educativo de papelería... ¿Por qué no irse al grano y que la paja se la llevara el viento?

Y tuvo que sufrir el que le llamaran "viejo maestro chapao a la antigua". Él se guardaba de expresar la opinión que se había formado de los recién graduados y recién crudos "chapaos" a la última moda. Recordó el día enque uno de éstos, disertando sobre agricultura en forma poética, habló sobre las mieses. Y Peyo se atrevería a jurar que en su vida jamás "había ofendido a la tierra". Y dibujando bajo el espeso bigote una sonrisa socarrona musitó: "Con la boca es un mamey".

Él no entendía mucho a Dewey, de Kilpatrik, pero ellos tampoco sabían por qué a "Pancuco se lo tragó una yegua". El supervisor le tenía grima. Nada, que como decía el otro: —A mojillo con ají no se le paran las moscas.

En esos días los jibaritos lo traían loco. El "Number belonging" y el "Attendance" dejaban mucho que desear. No se haría tardar la "cogía de cuello" del supervisor. Las ausencias menudeaban. ¡Pero qué se iba a hacer!

—Don Peyo, el Juancho me mandó a llevar las reses al baño e garrapatas; tenía que dil al pueblo a un encargo.

—Bien, pero que no se repita.

—Que a pay Juan le dio un mal y se lo llevaron pal pueblo en una jamaca pa que lo medicinara el dotol.

—Se dice doctor, y quiera Dios se ponga bueno.

—Don Peyo, mamá tuvo que dil a la Unidad a ponerse el numotora y me dejó cuidando los nenes.

—Bien.

—Que Fonso me dejó ayudándole en la cosía e tabaco, pues tuvo que dil al pueblo a un encargo.

—Y a Emérito le estaban dando unos mareos por falta de sangre. Y sabía que en casa de Tellito a veces se quedaban sin comer. Y que en casa de Olique lo que se hacía era un almuerzo-comía. Y que el Chunguita tenía que cruzar unos cuantos cerros

y unas cuantas quebradas crecidas para llegar a la escuela y se venía sin el puya.

En mala hora recibe una convocatoria para una reunión de maestros rurales en el distante pueblo. Un especialista iba a disertar sobre gimnasia y deportes. —Otro aguaje más, —se dijo. Pero, ungido de santa resignación, se puso el una vez negro dominguero, la chalina punzó, y en una yegüita llena de "mataúras" de paso lento y trotón se encaminó para el pueblo.

Lo mismo de siempre. Los maestros de nuevo cuño sentados en los primeros asientos. Los maestros de viejo cuño en los postreros. Y Peyo se dirigió a la parte trasera del salón. Ya muy cerca de Sancho Cruz, viejo maestro de una guinda lindante, le preguntó con malicia:

—¿Qué vaina se traerán hoy?

Muy orondo el supervisor hizo la presentación del especialista. Una autoridad en la materia, cuyas palabras deberían ser consideradas como lo último e indiscutible.

—Cábeme, pues, el inmenso e inmerecido honor de presentaros a una de las figuras más prestigiosas del magisterio, Mr. Juan Gymns.

Y se adelantó un señor grueso, vestido de blanco y de porte elegante.

Y se remontó a Grecia, a las Olimpiadas. Y comentó el *mens sana in corpore sano*, y habló de Roma y hasta de Espartaco como gladiador. Y Sancho Cruz empezó a adormilarse. Los maestros más jóvenes con rapidez y nerviosamente tomaban notas. Y prosiguió hablando de gimnasia sueca, de calistenia, de *jiu-jitsu*, de *folk dances*, de *physical exercises*. Y Peyo se distrajo, aturdido por las palabras del especialista. Y empezó a divagar, y

ensimismado se remontó también en alas de la imaginación a sus años de niño.

Había trabajado mucho y jugado muy poco. Juegos, los que él mismo se agenciaba. Y con rapidez vertiginosa desfilaron ante sus ojos una serie de cuadros: unos jíbaros tirando al "casiel", otros se deslizaban en unos tigüeros por una loma, unos golpeaban con unos gallitos de algarrobo, otros con una cabulla hacían girar unos trompos de chino y púa de clavo, y unos niños desnudos se "jondeaban" de cabeza al río desde unas lajas, y por último se le grabó en la mente la figura de un jibarito haciendo una típica maroma.

Las palabras del conferenciante cerrando en un trémolo agudo lo sacaron de su ensimismamiento: —Y todo esto que os he hablado es de suma y vital importancia en la consecución de un Puerto Rico más sano y más fuerte, que pueda formar parte del conglomerado de los pueblos civilizados del mundo. Y si tienen alguna duda o aclaración que hacer, estoy presto a ilustraros".

Y Peyo Mercé automáticamente levantó la mano. El supervisor tembló. Y Peyo Mercé escuchó una maestra decir: —Ese condenao jíbaro va a meter la pata.

A Peyo le gustaba hacerse el "tonina", el "pelea monga", y exageraba adrede su condición de campesino.

Se pasó el pañuelo punzó por la cara y prorrumpió: —Místel Juan Gymns, usté perdone, pero es que soy algo tímido de inteligencia. Usté ha hablado ahí de Grecia, de Roma y hasta de un tal Espartaco, de gimnasia sueca, de calistenia, de juyisu, de fol dances, de pisical exercises. Usté ha hablado muy bonito, muy bonito, pero, ¡ay bendito!, usté no se ha hecho ahí ni siquiera un CULIVICENTE...

Una sonora y unánime carcajada hizo retumbar el salón. El supervisor de escuelas saltó de su asiento rojo de ira. Y místel Juan Gymns empezó a tragar saliva ante el desplante de aquel viejo y mañoso pedagogo rural.

Santa Cló va a La Cuchilla

El rojo de una bandera tremolando sobre una bambúa señalaba la escuelita de Peyo Mercé. La escuelita tenía dos salones separados por un largo tabique. En uno de esos salones enseñaba ahora un nuevo maestro: Mr. Johnny Rosas.

Desde el lamentable incidente en que Peyo Mercé lo hizo quedar mal ante Mr. Juan Gymns, el supervisor creyó prudente nombrar otro maestro para el barrio La Cuchilla que enseñara a Peyo los nuevos métodos pedagógicos y llevara la luz del progreso al barrio en sombras.

Llamó a su oficina al joven aprovechado maestro Johnny Rosas, recién graduado y que había pasado su temporadita en los Estados Unidos, y solemnemente le dijo: —Oye, Johnny, te voy a mandar al barrio La Cuchilla para que lleves lo último que aprendiste en pedagogía. Ese Peyo no sabe ni jota de eso; está como cuarenta años atrasado en esa materia. Trata de cambiar las costumbres y, sobre todo, debes enseñar mucho inglés, mucho inglés.

Y un día Peyo Mercé vio repechar en viejo y cansino caballejo la cuesta de la escuela al nuevo maestrito. No hubo en él resentimiento. Sintió hasta un poco de conmiseración y se dijo: —Ya la vida le irá trazando surcos como el arado a la tierra.

Y ordenó a unos jibaritos que le quitaran los arneses al caballo y se lo echaran a pastar.

Peyo sabía que la vida aquella iba a ser muy dura para el jovencito. En el campo se pasa mal. La comida es pobre: arroz y habichuelas, mojo, avapenes, arencas de agua, bacalao, sopa larga y mucha agua para rellenar. Los caminos casi intransitables, siempre llenos de "tanques". Había que bañarse en la quebrada y beber agua de lluvia. Peyo Mercé tenía que hacer sus planes a la luz oscilante de un quinqué o de un jacho de tabonuco.

Johnny Rosas se aburría cuando llegaba la noche. Los cerros se iban poniendo negros y fantasmales. Una que otra lucecita prendía su guiño tenue y amarillento en la monotonía sombrosa del paisaje. Los coquíes punzaban el corazón de la noche.

Un gallo suspendía su contar lento y tremolante. A lo lejos un perro estiraba un aullido doliente al florecer de las estrellas.

Y Peyo Mercé se iba a jugar baraja y dominó a la tiendita de Tano.

Johnny Rosas le dijo un día a Peyo: —Este barrio está muy atrasado. Tenemos que renovarlo. Urge traer cosas nuevas. Sustituir lo tradicional, lo caduco. Recuerda las palabras de Mr. Escalera: abajo la tradición. Tenemos que enseñar mucho inglés y copiar las costumbres del pueblo americano.

Y Peyo, sin afanarse mucho, goteó estas palabras: —Es verdad, el inglés es bueno y hace falta. Pero, ¡bendito! si es que ni el español sabemos pronunciar bien. Y con hambre el niño se embrutece. La zorra le dijo una vez a los caracoles: "Primero tienen ustedes que aprender a andar para después correr".

Y Johnny no entendió lo que Peyo quiso decirle.

El tabacal se animó un poco. Se aproximaban las fiestas de Navidad. Ya Peyo había visto con simpatía a unos de sus discípulos haciendo tiples y cuatros de cedro y yagrumo. Estas fiestas le traían recuerdos gratos de tiempos idos. Tiempos de la reyada, tiempos de comparsa. Entonces el tabaco se vendía bien. Y la "arrelde" de carne de cerdo se enviaba a los vecinos en misiva de compadrazgo. Y todavía le parecía escuchar aquel aguinaldo:

Esta casa tiene
la puerta de acero,
y el que vive en ella
es un caballero.

Caballero que ahora languidecía como un morir de luna sobre los bucayos.

Y Johnny Rosas sacó a Peyo de su ensoñación con estas palabras: —Este año hará su debut en La Cuchilla Santa Claus. Eso de los Reyes está pasando de moda. Eso ya no se ve mucho por San Juan. Eso pertenece al pasado. Invitaré a Mr. Rogelio Escalera para la fiesta; eso le halagará mucho.

Peyo se rascó la cabeza, y sin apasionamiento respondió: —Allá tú como Juana con sus pollos. Yo como soy jíbaro y de aquí no he salido eso de los Reyes lo llevo en el alma. Es que nosotros los jíbaros sabemos oler las cosas como olemos el bacalao.

Y se dio Johnny a preparar mediante unos proyectos el camino para la "Gala Premiere" de Santa Claus en La Cuchilla. Johnny mostró a los discípulos una lámina en que aparecía Santa Claus deslizándose en un trineo tirado por unos renos. Y Peyo, que a la sazón se había detenido en el umbral de la puerta que dividía los salones, a su vez se imaginó otro cuadro: un jíbaro jincho y viejo montado en una yagua arrastrada por unos cabros.

Y míster Rosas preguntó a los jibaritos: —¿Quién es este personaje? Y Benito, "avispao" y "maleto" como él solo, le respondió: —Míster, ese es año viejo colorao.

Johnny Rosas se admiró de la ignorancia de aquellos muchachitos y a la vez se indignó por el descuido de Peyo Mercé.

Llegó la noche de la Navidad. Se invitó a los padres del barrio.

Peyo en su salón hizo una fiestecita típica, que quedó la mar de lucida. Unos jibaritos cantaban coplas y aguinaldos con acompañamiento de tiples y cuatros. Y para finalizar aparecían los Reyes Magos, mientras el viejo trovador Simón versaba sobre "Ellos van y vienen, y nosotros no". Repartió arroz con dulce y bombones, y los muchachitos se intercambiaron regalitos (engañitos).

Y Peyo indicó a sus muchachitos que ahora pasarían al salón de Mr. Johnny Rosas, que les tenía una sorpresa, y hasta había invitado al supervisor Mr. Rogelio Escalera.

En medio del salón se veía un arbolito artificial de Navidad. De estante a estante colgaban unos cordones rojos. De las paredes pendían unas coronitas de hojas verdes y en el centro un fruto encarnado. En letras cubiertas de nieve se podía leer: *Merry Christmas*. Todo estaba cubierto de escarcha.

Los compañeros miraban atónitos todo aquello que no habían visto antes. Míster Rogelio Escalera se veía muy complacido.

Unos niños subieron a la improvisada plataforma y formaron un acróstico con el nombre de Santa Claus. Uno relató la vida de Noel y un coro de niños entonó *Jingle bells*, haciendo sonar unas campanitas. Y los padres se miraban unos a otros asombrados. Míster Rosas se ausentó un momento. Y el supervisor Rogelio Escalera habló a los padres y niños felicitando al barrio por tan bella fiestecita y por tener un maestro tan activo y progresista como lo era Mr. Rosas.

Y míster Escalera requirió de los concurrentes el más profundo silencio, porque pronto les iban a presentar a un extraño y misterioso personaje. Un corito inmediatamente rompió a cantar:

Santa Claus viene ya...
¡Qué lento caminar!
Tic, tac, tic, tac.

Y de pronto surgió en el umbral de la puerta la rojiblanca figura de Santa Claus con un enorme saco a cuestas, diciendo en voz cavernosa: *¡Here is Santa, Merry Christmas to you all!*

Un grito de terror hizo estremecer el salón. Unos campesinos se tiraban por las ventanas, los niños más pequeños empezaron a llorar y se pegaban a las faldas de las comadres, que corrían en desbandada. Todos buscaban un medio de escape. Y Mr. Rosas corrió tras ellos, para explicarles que él era quien se había vestido en tan extraña forma; pero entonces aumentaba el griterío y se hacía más agudo el pánico. Una vieja se persignó y dijo: —¡Conjurao sea! ¡Si es el mesmo demonio jablando en americano!

El supervisor hacía inútiles esfuerzos por detener a la gente y clamaba desaforadamente: —No corran; no sean puertorriqueños batatitas. Santa Claus es un hombre humano y bueno.

A lo lejos se escuchaba el griterío de la gente en desbandada. Y míster Escalera, viendo que Peyo Mercé había permanecido indiferente y hierático, vació todo su rencor en él y le increpó a voz en cuello: —Usted, Peyo Mercé, tiene la culpa de que en pleno siglo veinte se den en este barrio esas salvajadas.

Y Peyo, sin inmutarse, le contestó: —Míster Escalera, yo no tengo la culpa de que ese santito no esté en el santoral puertorriqueño.

Peyo Mercé enseña inglés

A la comay Margó Arce, de Peyo Mercé

Tras el comentado episodio de la introducción de Santa Claus en La Cuchilla se recrudeció la animosidad prevaleciente entre Peyo Mercé y el supervisor Rogelio Escalera. Este, mediante carta virulenta y en términos drásticos, ordenaba al viejo maestro que redoblase sus esfuerzos y enseñase a todo trance inglés: “so pena de tener que apelar a recursos nada gratos para él; pero saludables para la buena marcha de la educación progresista”. Ese obligado final de las cartas del supervisor se lo tenía bien sabido, y con un mohín de desprecio tiró a un lado la infausta misiva. Lo inusitado del caso era que con ella le llegaban también unos libros extraños de portadas enlucidas y paisajes a colorines, donde mostraban sus rostros unos niños bien comidos y mejor vestidos.

Peyo agarró uno de los libros. En letras negras leíase: *Primer*. Meditó un rato y rascándose la oreja masculló: —*Primer*, eso debe derivarse de primero y por ende con ese libro debo iniciar mi nuevo vía crucis. Otra jeringa más. ¡Y que Peyo Mercé enseñando inglés en inglés! Quiera que no voy a tener que adaptarme; en ello me van las habichuelas. Será estilo Cuchilla. Si yo no lo masco bien, cómo lo voy a hacer digerir a mis discípulos? Míster Escalera quiere inglés, y lo tendrá del que guste. Y hojeó rápidamente las olorosas páginas del recién editado libro.

De las reflexiones lo fue sacando la algarabía de los niños campesinos que penetraban en el vetusto salón. Los mamelucos de tirillas manchosas de plátano, las melenas lacias y tostadas, los piececitos apelotonados del rojo barro de los trillos y en las caras marchitas el brillo tenue de los ojos de hambre.

La indignación que le produjera la carta del supervisor, se fue disipando a medida que se llenaba el salón de aquellos sus

hijos. Los quería por ser de su misma laya y porque les presentía un destino oscuro como noche de cerrazón. —Buenos días, don Peyo, —proferían y con ligera inclinación de cabeza se adelantaban hacia sus bancos-mesas. A Peyo no le gustaba que le llamaran míster: —Yo he sido batatero de la Cuchilla, y a honra lo llevo. Eso de míster me sabe a kresto, a chuingo y otras guazaberías que ahora nos venden. Estoy manchao del plátano y tengo la vuelta del matojo.

Se asomó a la mal recortada ventanita en el rústico tabique como para cobrar aliento. Sobre el verde plomizo de los cerros veteados de cimbreantes tabacales, unas nubes blancas hinchaban sus velas luminosas de sol. En la llamarada roja de unos bucayos los mozambiques quemaban sus alas negras. Y sintió que le invadía un desgano, una flojedad de ánimo, que le impelía más bien a encauzar su clase al estudio de la tierra, la tierra fecunda que frutecía en reguero de luces, en coágulo de rubíes. Le era penoso el retornar a la labor cotidiana, en pleno día soleado. Y doloroso el tener que enseñar una cosa tan árida como un inglés de *Primer.*

Con pasos lentos se dirigió al frente del salón. En los labios partidos se insinuaba la risa precursora del desplante. Un pensamiento amargo borró la risa y surcó la frente de arrugas. Hojeó de nuevo el intruso libro. No encontraba en él nada que despertara los intereses de sus discípulos, nada que se adaptara al medio ambiente. Con júbilo descubrió una lámina donde un crestado gallo lucía su frondoso rabo. El orondo gallo enfilaba sus largas y curvas espuelas en las cuales muy bien podía dormir su noche un isabelino. "Ya está; mis muchachos tendrán hoy gallo en inglés". Y un poco más animado se decidió a enfrentarse serenamente a su clase: —Well, children, wi are goin to talk in inglis tuday.

Y mientras estas palabras, salpicadas de hipos sofocantes salían de su boca, paseaba la mirada arisca sobre los rostros atónitos de los niños. Y como para que no se le fuera la "rachita" inquirió con voz atiplada: —¿Underestán?

El silencio absoluto fue la respuesta a su interrogación.

Y a Peyo le dieron ganas de reprender a la clase, ¿pero cómo se iba a arreglar para hacerlo en inglés? Y volvió a asomarse a la

ventanita para cobrar ánimo. Una calandria surcaba la plenitud azulina —pétalo negro en el viento—. Y sintió más su miseria. Ansias de liberarse.

Aprovechó el momento para ensayar la pronunciación de la palabra que iba a enseñar. Y haciendo una grotesca mueca seguida de un sonido semejante al que se produce al estornudar, masculló: —*cock, cock, cock*. Y hastiado increpó: "Idioma del diablo".

Y se decidió a intentar un método que se apartaba algo de lo aconsejado en las latosas pláticas pedagógicas de los eruditos en la materia.

Reinó el silencio en el salón. Peyo era querido y respetado por sus discípulos. ¡Cosa esta inexplicable para Rogelio Escalera! Peyo desconocía los últimos estudios sobre la personalidad del maestro y más sobre psicología del niño. No le gustaba concurrir a las "amañadas clases modelo", cosa esta en la cual se fijaba mucho el supervisor.

Un chorro de luz clara penetraba por la ventanita moteando en rojo los rostros pálidos y cabrilleando inquieta en las sueltas cabelleras.

—Bueno, muchachos, vamos a rejentiar hoy un poco en inglés, inglés a puras. Y mientras las palabras brotaban trabajosas, pensó echar a voleo su discursito alusivo a las bienandanzas de lo que iba a poner en práctica. Pero la sinceridad era su defecto capital como maestro.

Sentía que se le formaba un taco en la garganta, y con los dedos convulsos se aflojaba el nudo de la desteñida corbata para librarse de la opresión. Maldijo en lo más remoto del subconsciente unas cuantas cosas, entre ellas al supervisor que lo quería hacer nadar en aguas donde el que no es buen pez se ahoga. Y con resignación musitó: "A fuete y a puya cualquier yegua vieja camina". Y la frase jíbara cobró en su mente toda su dolorosa realidad.

Y Peyo rebuscó en su magín todos los *devices* que se aconsejaban en los libros versados en la enseñanza del inglés. La mente de Peyo estaba entenebrecida como noche de barrunto. "Un

atajo, un atrecho, una maña, que me saquen al camino", clamó. Y remeciéndose la atribulada cabeza entre los toscos dedos, ante el asombro de los alelados discípulos, dejó caer estas palabras: —¡Qué paraíso sería esto, si no fuera por el supervisor y sus mojigangas! Y convencido de que baldíos serían sus esfuerzos para conducir su clase en inglés, como otras veces se agenció un medio propio, "un corte", como él los denominaba. Y optó por hacer una mixtura, un mejurje, un injerto. "Y que saliera pato o gallareta".

Levantó el libro sobre las cabezas de sus discípulos. Y con el índice manchoso de tabaco mostró la lámina en que se extasiaba el soberbio gallo. —Miren, *this is a cock*. Repitan. Y los muchachos empezaron a corear la palabra en forma inarmónica: *cock, cock, cock*. Y Peyo, los nervios excitados, la cabeza congestionada, gritó desaforadamente: —¡So!, más despacio; ya estos condenados me han formado la gallera aquí mismo. Se apagaron las desentonadas voces. Peyo se ahogaba del calor. Se alejó otra vez hacia la ventanita. El sudor empapaba su coloreada camisa. Le hacía falta aire, mucho aire. Y se detuvo un momento, las manos agarradas como garfios al marco desnivelado de la ventana.

Inconscientemente fijó la mirada en el chorro de la quebrada vecina —una lágrima fresca en la tosca peña. Y envidió al hijo de la Petra que sumergía la sucia cara en las aguas perladas de sol.

Hastiado, se decidió a salir lo más pronto posible del lío en que se había metido. Y con pasos nerviosos se dirigió al frente de la clase: —Ya ustedes saben, *cock* es gallo en inglés, en americano. Y volvió a señalar con el dedo manchoso de tabaco al vistoso gallo: —Esto en inglés es *cock, cock* es gallo. Vamos a ir poco a poco, que así se doma un potro, si no se desboca. —¿Qué es esto en inglés, Teclo? Y éste, que estaba como pasmado mirando aquel gallo extraño, con timidez respondió: —Ese es gallo pava. Y el vetusto salón se estremeció con el cascabeleo de las risas infantiles. Peyo, disimulando la gracia que le producían aquellas palabras, frunció el entrecejo, por el aquel de no perder la fuerza moral, y con sorna ripostó: —Ya lo sabía, éste se cuela en la gallera de don Cipria. ¡Y que gallopava! Este es un gallo

doméstico, un gallo respetable, no un gallo "mondao" como esos de pelea.

Y volvió a inquirir: —¿Qué es esto en inglés? Y los niños entonaron la monótona cantinela: *cock, cock, cock*. Y Peyo se sintió bastante complacido. Había salido ileso de aquella cruenta pelea. Repartió algunos libros e hizo que los abrieran en la página en que se "istoriaba" el fachendoso gallo. —Vamos a leer un poco en inglés. Los muchachos miraban con sorpresa la página y a duras penas podían contener los bufidos de risa.

Se le demudó el rostro. Un calofrío le atravesó el cuerpo. Hasta pensó presentar la renuncia con carácter irrevocable al supervisor. "Ahora sí que se le entorchó a la puerca el rabo". Y a tropezones, gagueando, la lengua pesada y un sabor a maya en los labios, leyó: —*This is the cock, the cock says:* coocadoodledoo. Y Peyo se dijo para su capote: —O ese gallo tiene pepita, o es que los americanos no oyen bien. Aquéllo era lo último. Pero pensó en el pan nuestro de cada día.

—Lean conmigo: *The cock says* coocadoodledoo. Y las voces temblaban en el viento mañanero: —Está bien...

—Tellito, ¿cómo es que canta el gallo en inglés?

—No sé, don Peyo.

—Pero mira, muchacho, si lo acabas de leer...

—No, gimió Tellito, mirando la lámina.

—Mira, canuto, el gallo dice: coocadoodledoo.

Y Tellito, como excusándose, dijo: —Don Peyo, ese será el cantío del manilo americano, pero el girito de casa jace: cocoroco clarito.

Peyo olvidó todo su dolor y soltó una estrepitosa carcajada, que fue acompañada de las risas frescas de los niños.

Asustado por la algazara, el camagüey de don Cipria batió las tornasoladas alas y tejió en la seda azul del cielo su "cocoroco" límpido y metálico.

Índice

Los 3000 ejemplares de este título
se terminaron de imprimir durante el mes de
julio de 2008
en Fundación Imprenta de la Cultura
Caracas, Venezuela